

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
JUNIO-JULIO
2023



No. **44**



BODAI
YOGA

Eleva tu práctica

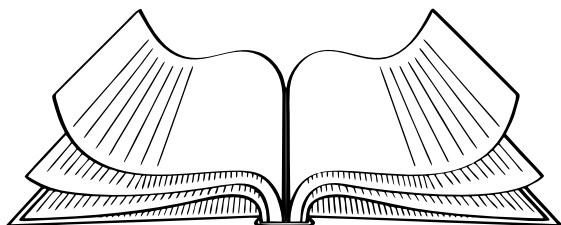
Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Primer piso.

RESERVA

A través de tu plataforma de preferencia

Fitpass, Gympass, TotalPass

WA: 55 5217 0047



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 44

www.porescrito.org

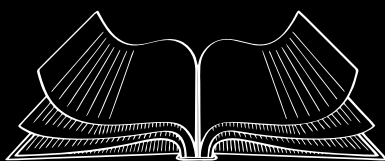




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>Siempre sigo</i> Mariana Torres Lomeli.....	7
<i>Si te pienso, luego existes</i> Juan Carlos Padilla.....	8
<i>La íntima relación de mi madre y el quehacer</i> Jimena Villanueva.....	10
<i>Cordelero</i> Nelson Roque Pereira.....	11
<i>Canto a un clavel</i> Ricardo J. García Gómez.....	12

FIRMAS

<i>El códice Boturini o Tira de la peregrinación</i> Baltazar Brito Guadarrama.....	14
<i>Lo mejor que se puede</i> Cecilia Durán Mena.....	19
<i>Don Carlos. El Príncipe de la leyenda negra</i> Fernando Montoya.....	24

IMAGINARIO

<i>La Soledad en el Paisaje 1</i> Arturo Rosalio Chagoyán.....	28
<i>La Soledad en el Paisaje 2</i> Arturo Rosalio Chagoyán.....	28
<i>Sólo quedan recuerdos 1</i> Andrea Castañeda.....	29
<i>Escalera</i> Fandango Salazar.....	30
<i>Ruinas de fábrica conservera en Setúbal, Portugal</i> Carlos Henrique Batista da Costa.....	31
<i>Trovador</i> Luis Felipe Ramírez Alvarado.....	31

VOCES

<i>No fue una violación</i> Ana Sofía Fischl.....	32
<i>El niño de tierra y semillas</i> Ana Camila Ortiz.....	34
<i>Conflicto escolar</i> Manuel Jorge Carreón.....	37
<i>Av. Neurótico #896</i> Natalia Cobo.....	41
<i>Yo sólo quería a mi hijo</i> Luisa María Illescas Mora.....	44
<i>1200</i> Josafat Ortiz.....	48
<i>Una ciudad como otra al costado de la carretera</i> Abril Alcaraz.....	56
<i>Campos violetas</i> Adaliz Estrada.....	59

Hablando por escrito

Para nuestro regocijo, estamos inoculados con el amor a las letras. Las palabras ejercen una gran influencia en la forma en la que vemos el mundo, lo interpretamos y lo reinterpretamos. El lenguaje delimita nuestras fronteras. En estos momentos en los que la realidad parece hacerse más pequeña para algunos, en los que la inteligencia artificial nos hace reflexionar en qué es lo que nos hace humanos, qué actividades son las que nos dan identidad y cuáles se pueden —y deben— automatizar, las artes vienen a nuestro auxilio y las ideas a nuestro rescate.

Es cierto, ya son muchos años en los que nos ha tocado vivir una realidad desmesurada y violenta. Los conflictos armados, las rencillas políticas, las diferencias entre los seres humanos, las diversas maneras de pensar nos hacen creer que va creciendo un espacio vacío que separa a las personas. Los individuos nos vamos alejando y eso abona a una situación caótica y esto dicta nuestras vidas. Claro está que ese vacío nunca permanece desocupado, se va llenando de apatía y desesperanza que evoluciona en cinismo. El hueco se llena de amargura y desencanto. Esto puede durar años y atravesar generaciones. Nos conduce a la soledad.

Pero en *Pretextos literarios por escrito* no nos abandonamos a esta desesperanza ni nos rendimos ante la supuesta imposibilidad de cambiar el estado de cosas. Al revés, en esta revista tenemos fe. Creemos en la posibilidad de ser redimidos. Nos gana la humanidad y este atributo es el que nos impulsa a la redención. Quienes tengan entre sus manos esta revista, podrán sentirse acompañados. Nuestra ilusión es aún más profunda. No negamos la realidad ni enterramos la cabeza en la tierra, como si fuéramos un grupo de ingenuos avestruces, sino que con gran valor elevamos la pluma, tomamos nuestro diapason interno y con nuestras herramientas, elegimos la mejor forma de ser testigos de nuestros tiempos. Buscamos reducir el vacío y agrandar nuestra humanidad.

Cuando nos enfrentamos a esas situaciones de vacío irresoluble, a ocasiones en las que nuestra humanidad parece encogerse y la artificialidad nos quiere quitar lugar, usamos el lenguaje para expandir nuestras fronteras, para conquistar nuestros territorios: escribimos. Escribimos lo que sentimos y lo que nos mueve. Escribimos porque no estamos congelados. Dondequiera que la existencia humana perviva, aparece la posibilidad de imaginar, de dudar, de albergar sensaciones. Escribir y leer, por sí mismas, son actividades que vivifican.

Por eso, seguimos atrapando lectores para nunca dejarlos ir.

Con ustedes, el número 44 de *Pretextos literarios por escrito*.

La editora general



Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:

**CURSO DE
APRECIACIÓN
LITERARIA**

**TALLER DE
ESCRITURA
CREATIVA**

**CURSO DE
ANTROPOLOGÍA
LITERARIA**

**TALLER DE
LECTURA**

Para más información escribe a:

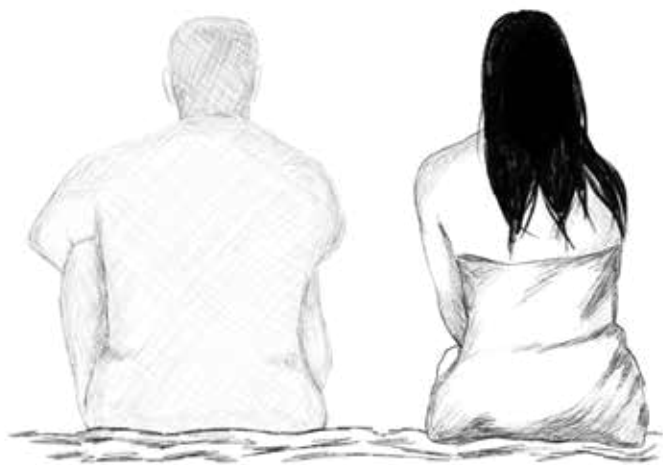
CONTACTO@PORESCRITO.COM

Siempre sigo

Mariana Torres Lomelí

¿Cómo algo pasa de todo a nada en tan sólo segundos?

Pensé que no podría, pero aquí estoy, cumpliendo todo lo que te había contado, voy lento, pero es que no tengo prisa. La prisa era tuya, necesitabas irte rápido porque si no, estoy segura de que no lo hubieras hecho, pero qué bueno que lo hiciste, era necesario. Ahora sólo vuelves cuando yo lo permito, eso tú no lo sabes, ni siquiera te das cuenta, a veces te recibo con cariño, me sacas sonrisas combinadas con nostalgia, a veces te quedas un poco más y me empiezo a desesperar y me arrepiento de haberte permitido volver, pero entonces respiro, sonrío, me abrazo, te dejo ir y sigo, siempre sigo.



Paloma Niembro

Si te pienso, luego existes

Juan Carlos Padilla

Todo es un pensamiento al aire...
delineo con mis dedos tu semblante
hasta que el viento desvanece tu rostro
apartándome de ti, castigando mi esperanza.

Escribir es conjurar el fuego... la lumbre
dibuja tus contornos proyectando la
expresión de mis sentidos porque la
pluma es lengua del alma.

¿Cómo podré encontrarte,
si no puedo definirte
para poder amarte?

Ignoro el tamaño de lo que ignoro...
busco incansable amar y ser amado,
pero el corazón ensombrece la mente
como los espejismos confunden el desierto.

Mientras quede un minuto de sol...
te dedicaré todas las horas que me conceda la vida
acariciando tu piel con los rayos del atardecer
para hallar el sentido en la melancolía del tiempo.

¿Por qué buscarte afuera
cuando puedo hallarte adentro
donde ya te encuentras?

Es preciso inventarte para descubrirte...
en la cabeza puedo revivirte cien veces
sin sonreír amargamente a mi tristeza
como un hombre solo que añora esperanza.

Idealizarte me permite comprenderme...
retiro las cenizas de mis ojos
cuando ha comprendido el alma
que si te pienso, luego existes.





La íntima relación de mi madre y el quehacer

Jimena Villanueva

Me criaron mujeres tristes, llenas de nudos en la tráquea y prioridades desatinadas.

Fumando en la lejana nostalgia, zapateando melodías añejas con su sombra. Mujeres que deciden expresar esa aflicción y amargura lavando trastes. Ahogando su desconsuelo en jabón roma y desengrasante. Mi mamá nació triste. Esa tristeza generacional que se pasa por el cordón umbilical y se termina de alojar en la matriz. Cuando me preguntan cómo es ella, sólo puedo pensar en escobas y ropa sucia, pasillos sin trapear y moho en las paredes del baño. Desamparó un matrimonio ponzoñoso y pronto se adentró a otro. Lejíá, se llama su nuevo esposo. Hace que le pique la nariz y le quema los ojos. Sus manos quedan al rojo vivo y se le revuelve la tripa cuando está cerca. Se aferra a una clase de purgatorio, donde el hogar jamás estará lo suficientemente limpio. Un sutil olor a fruta podrida la acompaña eternamente. De tanto fregar, barrer y enjabonar, poco a poco se va deslavando, rebosante de huecos y colores opacos que apagan su bellissimo tono de piel. A veces creo que sólo siente cariño por mí cuando no hay platos en el fregadero ni basura por sacar. Pobre de mi ascendencia. Destinada a llevar químicos en los pulmones y plumeros en vez de manos, desempolvando todo a su alcance; cartas, fotos, boletas de primaria, actas de nacimiento. Arrasando con letras, logros, números y caras. Mami... si supieras que las plumas también son para volar.



Paloma Niembro

Cordelero

Nelson Roque Pereira

*“Cada cosa una vez, sólo una.
Una vez y nada más.”*

Rilke

El cordelero hala otro hilo hacia sí,
y caen cuadrantes que hasta ayer
sopesaban lo verosímil de la existencia.

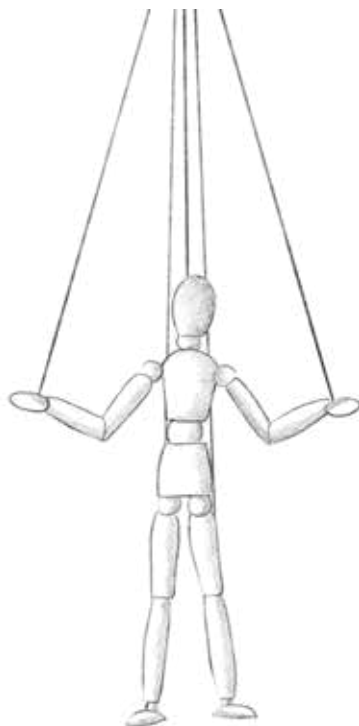
Qué de clavos se aviesan en lo adelante.

No bastan los planos de una existencia
a ras de suelo, ni lo contrario
como hoja en lo alto del viento.

Todo es revocable a su curso,
y la tela se deshace como mismo ondulan
las intrusiones humanas.

El cordelero hala,
y puede que el nudo sea el equilibrio
entre lo conforme y lo empañado de la red.

Qué de extraño se nos aparece la creación
mientras se extinguen trazos,
los hilos que sólo tensan
el más allá de la nada.



Paloma Niembro

Canto a un clavel

Ricardo J. García Gómez

*A mi madre,
la mujer más admirable.*

Me impresiona el llanto cuando cae de tu mejilla,
los sueños que plantaste y regaste cada amanecer
la lluvia, tus manos: sencilla
¡Oh, madre! No me dejes caer

Hay una rosa en tu jardín que no has visto florecer,
crece constante y brilla
es rebelde, responde: pequeña hojilla
Gran Lucero, la volverás a ver

Te siento caminar, cual sombra, y ser,
a mi lado, cada segundo, igual que una manecilla
tocas el *tic-tac* de tus cinco, ¡no! Siete: no nos dejes de querer
Susurra, madre... me queda un cigarro en la cajetilla

El humo desaparece: sé que no saliste de una costilla
eres canto, luna, fuerza; el anochecer
de mi padre, de tu padre; el candil
de ellas
¡Oh, madre! No me dejes caer

Hay luces, madre, que no se apagan;
rostros que no olvidas
eres mi atardecer
el motor que me permite arder
Una luz, el calor; la finitud, lo
sensible... gracias por dar, bella.



Valeria Bandala




Descubre la *Antropología* Narrativa

Explora las huellas culturales
en la palabra escrita.

Curso presencial

Ocho jueves a partir
del 10 de agosto
19:00 hrs.

contacto@porescrito.org

 55 7378 8336

El códice Boturini o Tira de la peregrinación

Baltazar Brito Guadarrama

Aprobado para su publicación por Ed. FCE,
El códice Boturini o Tira de la peregrinación, México, 2023 (Introducción).

Las ediciones

No cabe duda de que Bullock contribuyó con sus publicaciones y su exposición a la difusión de las antigüedades y de los códices mexicanos. También a él debemos la primera litografía que se hizo del *Códice Boturini* en 1824, aunque desconocemos su paradero. Siete años después, Edward King, lord Kingsborough, seguramente influenciado por la muestra del Egyptian Hall, publicó en 1831 el primero de los nueve volúmenes que conformaron su monumental *Antiquities of Mexico*, e incluyó una buena reproducción litográfica de éste y otros códices. Una versión más apegada al original, pues se imprimió en una lámina plegable, fue la de 1839, en *An Inquiry into the Origin of the Antiquities of America*, a cargo de John Delafield. Ambas obras tenían como tesis principal demostrar que los pueblos de América procedían de las tribus perdidas de Israel, creencia muy difundida en esa época, que motivó el estudio de las culturas antiguas del nuevo mundo y su comparación con otros pueblos primigenios de Asia y Oriente.

Hasta aquí, las reproducciones del documento se habían realizado únicamente en el extranjero, sin la participación de mexicano alguno, circunstancia que cambió en 1844, cuando William Prescott insertó una versión reducida del códice en su *Historia antigua de México y su conquista*, acompañada por la interpretación de Isidro Gondra. En 1858, Antonio García Cubas incluyó un dibujo de ésta en la carta número 32 de su *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República Mexicana*, con una breve explicación de José Fernando Ramírez. Para 1882, Eustaquio Buelna reprodujo el documento en el libro *Peregrinación de los Aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa*, mientras que, en 1884, Alfredo Chavero hizo lo propio en el tomo I de *México a través de los siglos*, obra coordinada por Vicente Riva Palacio.

Las ediciones de la *Tira* se multiplicaron durante las décadas posteriores. Diversos investigadores vertieron sus ideas desde diferentes posturas académicas que enriquecieron nuestro conocimiento sobre el origen y los sucesos históricos del pueblo mexicana. Del mismo modo, diversas ediciones se han servido de la tecnología del momento para publicar el documento lo más apegado a la realidad. Destaco las siguientes:

En 1975, la Secretaría de Educación Pública editó el códice en un

gran tiraje con un formato desplegable, a línea, y casi del tamaño original. Dicha edición fue muy difundida entre académicos y público en general, aunque carece de un estudio. Para 1991, Dinorah Lejarazu y Manuel Hermann lo publicaron de manera artesanal en amate, con un estudio introductorio, cuya edición, al ser para una empresa privada, se volvió sólo para coleccionistas. Caso contrario es el trabajo de Patrick Johansson, quien en 2007 publicó a color su estudio del códice en la revista *Arqueología Mexicana*, logrando así una amplia difusión del manuscrito.

Por último, en 2015, la BNAH dio a conocer una edición donde convergen tradición y tecnología, al presentar un facsímil en amate, manufacturado con técnicas ancestrales por los artesanos de San Pablito Pahuatlán en Puebla, junto con una aplicación digital con realidad aumentada que permite, a través de un celular o una página web, conocer a detalle cada una de las imágenes del códice, así como la interpretación y reconstrucción de las últimas escenas, que se cree faltan, hasta llegar a la fundación de México-Tenochtitlan, trabajo realizado con la colaboración del doctor Patrick Johansson y la Secretaría Técnica del INAH. Recientemente, el maestro Rafael Tena publicó una edición facsimilar con un estudio interpretativo.

La difusión de este documento fundacional para los mexicanos ayudará a conocer con mayor profundidad nuestras raíces prehispánicas y permitirá abrir puertas que lo analicen desde otras perspectivas, tal y como el viajero inglés William Bullock lo inició hace casi 200 años.

Una historia pintada en amate

Los 21 y medio folios de amate que, plegados a manera de biombo, conforman el *Códice Boturini* nos dan una idea de cómo se percibió en el México prehispánico uno de los fenómenos más recurrentes en la historia de la humanidad: las migraciones. La señalada en este códice se prolongó por alrededor de 200 años y fue protagonizada por el pueblo mexica, el mismo que, un buen día, cuando era conocido con el gentilicio de azteca, decidió abandonar su lugar de origen en pos de un mejor futuro para su descendencia. Como es natural en este tipo de movilizaciones, los migrantes debieron padecer hambre, las fuertes inclemencias del tiempo o el enfrentamiento físico que en ocasiones se suscitaba con los distintos asentamientos humanos que hallaban a su paso; no obstante las penurias descritas, gracias a una “promesa divina” comunicada por los sacerdotes al común del pueblo, los migrantes jamás interrumpieron sus pasos y nunca cejaron en su intento de encontrar el lugar que, según los voceros de su dios, les permitiría gozar de un poder político, religioso y militar sin precedentes en la memoria de sus antepasados.

Este tipo de desplazamientos poblacionales fueron comunes durante la época prehispánica. De ello dan cuenta varios códices, entre ellos el *Xólotl*, la *Historia Tolteca Chichimeca*, el *Lienzo de Huamanitla*, los *Mapas de Cuauhtinchan*, los lienzos *Seler II* y *Tlapiltepec*, cuyos trazos nos narran cómo llegaron algunos de los grupos que habitaron el valle poblano-

tlaxcalteca y parte de Oaxaca. El caso de la migración mexicana es especial pues existen múltiples fuentes pictográficas que, con detalles más o detalles menos, refieren esta sucesión de hechos, la cual desencadenó uno de los eventos históricos más trascendentales en Mesoamérica: la fundación del *altepetl* de México-Tenochtitlan.

Son dos los grupos en que pueden dividirse estas fuentes: las realizadas bajo el sistema escriturario indígena y las crónicas redactadas en los albores de la época novohispana por algunos historiadores emparentados o relacionados con los antiguos linajes del México prehispánico. Entre las primeras, destacan los documentos conocidos como *Códice Aubin*, *Manuscrito mexicano número 40*, *Manuscrito mexicano número 85*, *Manuscrito número 8 de Princeton*, el *Mapa de Sigüenza*, el *Códice Azcatitlan* y el *Códice Boturini o Tira de la peregrinación*, cuya principal particularidad es, según María Castañeda de la Paz, una de las investigadoras que más líneas ha consagrado al estudio de este *corpus*, que la versión histórica contenida en cada uno de estos manuscritos pictográficos fue copiada por su respectivo *tlacuilo* de un denominado *Códice X*, documento que, al igual que la *Crónica X* postulada en 1945 por Robert Barlow, no sobrevivió hasta nuestros días.

Por lo que respecta a las crónicas novohispanas, destacan las elaboradas por Hernando de Alvarado Tezozómoc, Domingo Francisco Chimalpahin, Cristóbal del Castillo, Diego Durán y Juan de Torquemada, quienes, para escribir la parte referente a la peregrinación mexicana, se valieron no sólo de códices como los mencionados anteriormente, sino también de comunicaciones personales de sabios ancianos que aún conservaban en su memoria la tradición oral, legada de generación en generación por sus antepasados.

Es muy probable, tal y como lo refiere Castañeda de la Paz, que la *Tira de la peregrinación* sea la versión más antigua de todas las copias realizadas al *Códice X*. También es casi seguro que algunos de los cronistas mencionados líneas arriba hayan tenido la oportunidad de mirarlo mientras redactaban los textos históricos que nos dejaron. Tales circunstancias me permiten señalar que este códice es uno de los documentos fundacionales del pueblo mexicano, por lo que es necesario que el mayor número posible de personas puedan saber cuál es su contenido. Dicho lo anterior, invito a los lectores a que sigamos juntos los pasos de estos migrantes, conozcamos el lugar de donde salieron, los pueblos por los que cruzaron y las duras pruebas a las que se enfrentaron antes de fundar México-Tenochtitlan, uno de los señoríos más importantes que existieron en todo el territorio mesoamericano.

Antes de proseguir debemos tener presente que nos encontramos ante un testimonio pictográfico manufacturado expresamente para legitimar el poder de un determinado grupo político, en este caso los mexicanos, y que cada uno de los datos consignados en ese documento son tan sólo una de las tantas versiones que existen sobre la migración de este pueblo, razón por la cual, en la medida de lo posible, también echaré mano de las tradiciones plasmadas

en algunos de los códices y crónicas ya referidos, así como de la opinión de distintos académicos modernos y contemporáneos, aspectos que serán de gran ayuda para complementar nuestra lectura del *Códice Boturini*.

No es extraño que los acontecimientos del pasado o, mejor dicho, los distintos discursos que sobre éste se escriben, sean manipulados para conseguir un beneficio particular o colectivo. Tanto en la *Historia General de las Cosas de la Nueva España* como en el *Códice Florentino*, ambas obras de la autoría de fray Bernardino de Sahagún y sus informantes indígenas, existen pequeños indicios que permiten inferir el uso de esta práctica entre los mexicas. En el libro x, capítulo XXIX de la *Historia*, cuando el franciscano escribe sobre los grupos que durante la época prehispánica poblaron el área central de lo que hoy es México, anotó lo siguiente:

[...] por la cual cuenta no se puede saber qué tanto tiempo estuvieron en Tamoanchan, y se sabía por las pinturas que se quemaron en tiempos del señor de México que se decía Itzcóatl, en cuyo tiempo los señores y principales que había entonces acordaron y mandaron que se quemasen todas, porque no viniesen a manos del vulgo y viniesen en menosprecio [...]

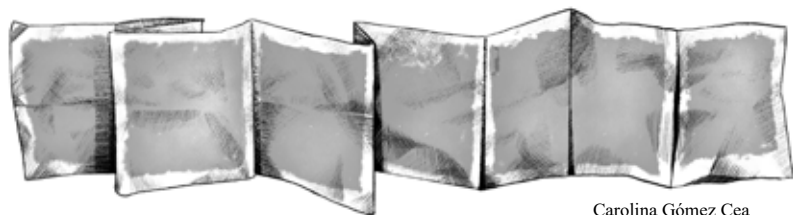
Por otro lado, en el *Florentino*, el mismo fraile consignó en idioma náhuatl las líneas que, mediante una traducción de Alfredo López Austin, cito a continuación:

[...] Porque se guardaba la historia; pero ardió cuando gobernaba Itzcóatl en México. Se hizo concierto entre los señores mexicas. Dijeron: “No es conveniente que todo mundo conozca la tinta negra, los colores. El portable, el cargable se pervertirá, y con esto se colocará lo oculto sobre la tierra; porque se inventaron muchas mentiras” [...]

Tal y como refieren cada uno de los textos señalados, fue durante los últimos años de la tercera década del siglo xv, después de que los mexicas sometieran bélicamente a los tepanecas de Azcapotzalco y Coyoacán, que Itzcóatl, el *tlahtoani* mexica de ese tiempo, junto a Tlalcaélel, su consejero o *cihuacóatl*, realizaron una serie de reformas encaminadas a establecer un nuevo orden político, económico y social dentro del *altépetl* que gobernaban: promulgaron leyes, repartieron tierras a los guerreros más sobresalientes y decidieron dotar de un pasado común que vinculara histórica y animicamente a todos aquellos grupos que, de uno u otro modo, en ese tiempo formaban parte de la gran México-Tenochtitlan. Lo anterior no quiere decir, como lo sugieren los informantes de Sahagún, que hubiesen arrojado en una hoguera la totalidad de sus libros ancestrales. Es más probable que decidieran reinterpretar su pasado dotando de un mayor peso a los acontecimientos o hechos históricos que a la élite política le interesaba ponderar. Tenían que dejar en claro al común de la población que ellos, los tenochcas, sus gobernantes, eran representantes

de los dioses y que, con la anuencia y guía de éstos, estaban destinados a dominar el Valle de México en beneficio de todos los pobladores del señorío mexica. Así, cualquiera de sus acciones se encontraba plenamente justificada y amparada, pues cada una de ellas obedecía a un mandato divino imposible de desatender. Con base en lo anterior, podemos definir el factor religioso como el principal móvil del relato histórico mexica contenido en el códice que ahora nos compete.

Este documento de tradición indígena se lee de izquierda a derecha y, aunque presenta algunas glosas en castellano totalmente posteriores a su manufactura, su sistema escriturario es pictográfico; fue pintado por uno o varios *tlacuilos* nahuahablantes, seguramente procedentes de la región central del Valle de México. Es necesario destacar que durante toda la narración el binomio mítico-histórico jamás se disocia por completo. A pesar de ello, en términos generales, podemos dividir el discurso del códice en dos secciones. La primera se desenvuelve en el ámbito sagrado, donde la cuenta de los años es inexistente; comprende las primeras cinco láminas, es decir, el camino recorrido de Aztlán a Coatepec. La segunda sección —asentada en las láminas restantes— tiene lugar en un entorno terrenal, donde el devenir de la historia se encuentra totalmente pautado por el correr de los años y, por lo tanto, es cuantificable; también aquí, a diferencia de Aztlán o Chicomoztoc, cada uno de los lugares por los que pasan los migrantes son plenamente identificables pues su existencia ha sido corroborada por los investigadores consagrados al México prehispánico. A pesar de ello, aunque no aparezca gráficamente en el documento, la tradición oral fijada en las crónicas ya citadas recurre constantemente a ciertas ensoñaciones divinas que se vinculan estrechamente con la historia plasmada en esta sección del *Códice Boturini*. Recordemos que para las antiguas sociedades prehispánicas la religión y la historia formaban un sistema binario difícil de disociarse.



Carolina Gómez Cea

Lo mejor que se puede

Cecilia Durán Mena

Bajé las escaleras del edificio temblando con todo el cuerpo, que vibraba con la fuerza que da la frialdad recibida. El impacto me dejó fría. Mi jefe tenía un lado macabro del humor y no siempre era fácil leer si estaba bromeando o si lo que decía era en serio. No, no es un hombre chistoso, es de esas personas a las que les gusta poner a prueba a sus subordinados a través de comprobaciones mentales. Me agarró en curva. No la vi venir. Salí de su oficina con la boca seca. Iba con el corazón latiéndome en las sienes, con el teléfono en la mano, la pantalla negra que reflejaba mi cara temblorosa, los labios tambaleantes y las palabras enredadas en la boca: hice lo mejor que pude. Debí guardar silencio.

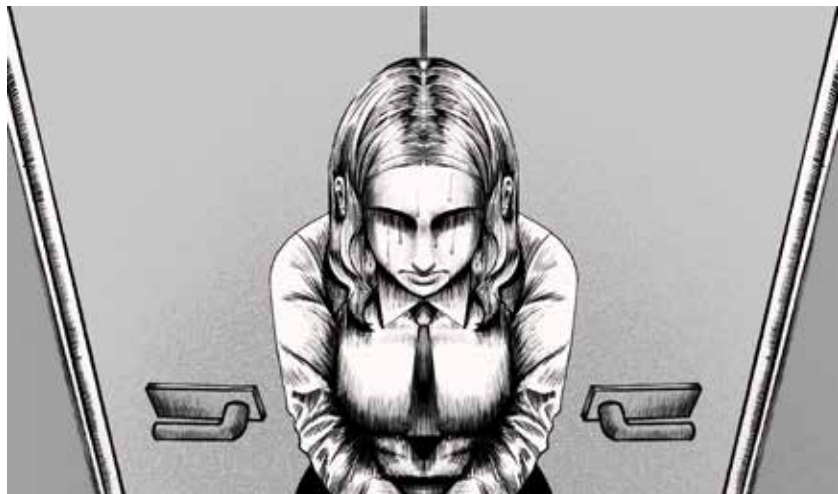
¿Ah, sí? Pues, ¿qué crees?, eso no es suficiente. Esa es la respuesta de los mediocres, ¿lo sabes, verdad? Me quedé de una pieza mientras él se recargaba en el respaldo de su asiento, entrelazaba las manos detrás de la cabeza y elevaba las cejas tan pobladas. Nadie me había hablado así. Nunca me había sucedido. Ni mires a otro lado, aquí la única responsable eres tú, así que, si no quieres que te cobren la cuota del piso aduanal, por no liberar la mercancía a tiempo, resuélvelo. No. No fue como un mazazo en la cabeza, fue peor. Me dejó atolondrada. Tardé en habituarme al peso de las palabras y a lo contundente de la sentencia. Me empezó a dar risa, no había de qué reírse, pero tuve que apretar los labios para controlarme. Enfureció. ¿Lo entiendes? Esto no es un chiste, dijo y golpeó la tapa del escritorio. Me sentí ridícula contestando: Sí, señor. Fue un reflejo, una respuesta automática. Fue un desahogo para no estallar frente a él. En estricto sentido, lo que me dijo fue: o lo arreglas o te largas.

Me dejó frita. Salí como perro con la cola entre las patas. Cerré la puerta de su oficina. Solté el aire, creí que se me saldrían las carcajadas contenidas. No. Se me rodaron un par de lágrimas. No estaba yo para perder el trabajo ni para hacerle frente a los aranceles que se devengaron por dejar la mercancía del cliente más importante de la agencia aduanal olvidada en el parque fiscal por más de una semana.

En realidad, no quedaba ni esperanza ni desconsuelo. Números, una cuenta rápida me puso en contexto: ni un año de trabajo me alcanzaría para pagar la metidita de pata que di. Bajé las escaleras sin prisa y casi sin hacer ruido, como si tuviera el deseo de que mis pisadas no revelaran la realidad: la volví a regar. La regué otra vez y la paciencia de mi jefe ya no estaba para dar más. No se me ocurría cómo le iba a hacer para arreglar el entuerto. La mente no me daba para prefigurar muchas posibilidades, lo único que me quedaba claro era que lo tenía que remediar.

Dudé al llegar a la planta baja, como si tuviera el privilegio del tiempo para reflexionar y determinar cuál era la mejor ruta crítica de solución. Teclé la dirección de la oficina aduanal. La plataforma me indicó que el chofer de mi

taxi tardaría seis minutos en llegar. Empujé la puerta de vidrio y el viento me revolvió el pelo. El aroma a humedad entró por la nariz y me llegó al cerebro. El mensaje del ambiente no sólo me dijo que iba a llover, sino que, para mí, ya había empezado la tormenta.



Carolina Gómez Cea

Claro que nunca nadie ha podido vislumbrar el futuro. Claro que lo que se ve no se juzga. Claro que aquí y ahora, para componer lo que desbarajusté, voy a tener que empujar un enorme bloque de hielo cuesta arriba. Uno siempre hace lo mejor que se puede, me decía, como si no entendiera el significado de esas palabras, como si por haberlas escuchado tantas veces a lo largo de la vida, me sirvieran de justificación para quedarme en la tibieza de la zona de confort.

A decir verdad, ese era mi mejor pretexto: hice lo mejor que pude. Lo mejor que se puede, decía y casi siempre me servía, porque quienes me escuchaban, apenas reparaban en ello. Se tragaban el cebo de mi ingenuidad. Pero mi jefe sí que me escuchó, me contestó y me dejó descolocada. ¡Arréglalo! En ese preciso momento, entendí que toda idea de futuro sería, en sí misma, un descenso al infierno. Un infierno que gana profundidad conforme las conjeturas viajan más lejos y te dejan ver los verdaderos alcances.

Me sudaban las manos. Era la primera vez que no me funcionaba poner cara de corderito inocente ni hacer la boquita de fresa. Fue peor. Creo que se enojó más. ¿Cómo no? El cliente le había dado un ultimátum que se parecía mucho a una amenaza. Y, luego lo de la risa. Las palabras le salieron a borbotones, como si fuera una metralleta: uno hace lo que puede es la excusa perfecta para justificar y autocomplacer los errores. Es cierto. Recordé todas

las entregas mal hechas, la mediocridad de mi ahí se va y ese sentimiento atroz de que es injusto que alguien nos exija algo más. Algo más, que es de hecho, el mínimo indispensable que nos debiéramos exigir. Mi mejor mecanismo de defensa era hacerme la ofendida o, en casos extremos, terminar rogando por lo poco que había podido. Lo poco que he logrado. De pronto, pasaron frente a mí todas las malhechuras que se me complacieron a lo largo de la vida. Lo mejor que se puede es la justificación del ingenuo que no puede derrotar los obstáculos que se le presentan. Suspiré como para llenar de aire el vacío de mis pensamientos. Lo peor es que hasta me dieron ganas de reírme a carcajadas.

Tardé en habituarme al aire frío. Subí las alas del cuello del saco de lana que traía puesto en pleno abril —fue la mejor opción que encontré, me vestí lo mejor que pude, habría dicho—. La calle estaba vacía. Miré la pantalla del celular. El chofer seguía estando a seis minutos de distancia. Saqué una cajetilla de cigarros arrugada. Fumar me pareció una buena idea. Era darme el consuelo de un placer inmediato, tal vez efímero, a cambio de una sentencia funesta. Lo sé, no es un buen hábito. Pero al menos, amortigua la realidad y la suspende por algunos minutos. Al menos adormece la amargura por unos instantes. Creo que me van a correr.

La primera calada me atemperó el ánimo, aunque los pensamientos seguían formando círculos concéntricos. Un sentimiento pesado me invadió. Lo mejor que puede pasar será que me corran. No sé si el estremecimiento procedía de la autocompasión o del escrúpulo o de las dos cosas o, más bien, de darme cuenta de que la regada que di fue de proporciones mayúsculas. Ni un año del mísero sueldo que me pagaban en la agencia alcanzaría para tapan el hoyo que había hecho con semejante error. La colilla del cigarro cayó en la junta de los adoquines. Lo pisé con tanto entusiasmo que se hundió en el hueco. Ni modos. No todos estamos llamados a derrotar nuestras propias tragedias. Llegó mi taxi.

Verifiqué que se tratara de mi viaje, porque no sería la primera vez que me subía a un auto ajeno por error. Las placas y la cara del conductor coincidían, al menos no me iba a equivocar en eso también. El hombre al volante era tan grande que se jorobaba en torno al volante, su complexión muscular era muy desarrollada. Un tipo que podía pasar por una persona gorda pero fibrosa. Me sonrió. Pronunció mi nombre para verificar que no se equivocaba. Me dio las buenas tardes y me preguntó que qué tal mi día. El taxista tenía ganas de platicar. Lo que me faltaba. Me sonrió de nuevo, confirmó el destino y como yo le contesté con un gesto afirmativo, aprovechó la oportunidad para aflojar la lengua y contarme lo que le diera la gana. Se veía tan feliz. No hice el intento de callarlo. Me daba igual.

Los taxistas siempre tienen historias interesantes. Arrancó y avanzó por las calles atestadas de carros, ciclistas y peatones que conviven sin orden alguno. Me contó que por la tarde debutaría como luchador profesional en la Arena México. ¿Cuándo, hoy? Hoy mismo, señorita. Dijo que lo más seguro es que este sería el último viaje que haría antes de dejar de ser chofer. Estaba

harto de manejar por la ciudad y de llevar a gente grosera a sus destinos, pero esa era la forma en la que él llegaría al suyo. Le sonreí con indulgencia, tuve el cinismo de darme ese lujo. Insistió en que estaba cansado de ir de un lado al otro, rodeando calles, enfrentando tráfico, pero fue necesario seguir manejando para lograrlo y llegar a su destino: las cuerdas y el cuadrilátero.

Me piden una cuota, ¿sabe? Claro que ni sabía ni me interesaba saber. Ya bastantes preocupaciones eran las que traía en la mente, como para encima imaginar si hay que pagar algo por luchar o no. Hay que pagar por cumplir un sueño, ¿sabe? Los sueños ajenos me tenían sin cuidado y más cuando estás inmerso en tu propia pesadilla. Hay que pagársela al promotor. Si pagas, peleas; si no, no. Y, como usted comprenderá, ese es el costo que se debe hacer para llegar a la palestra máxima de las luchas. Y, ya estando ahí, ahora sí que lograré ganar harta lana, me dijo. Harta lana para olvidarme del volante, de los pasajeros odiosos a los que uno les cuenta sus sueños sin que en realidad pongan atención.

Pero ¿le digo algo?, lo haría, aunque no me pagaran. Pensar en los reflectores, en el locutor anunciando mi nombre, gritando: “lucharán a dos de tres caídas...”, el llaveo al ras de lona, la técnica luchística, el espectáculo de acrobacias. Porque no se crea, ¿eh? No todo es teatro. De que hay peligro, no tenga duda. Los saltos son peligrosos, hay caídas que pueden costar el pellejo. ¿Miedo? No, no me da miedo. Miedo me da quedarme para siempre manejando este carro. ¿Ilusión? Sí. Imaginarme con la máscara y la capa, la emoción de jugártela contra una cabellera y todo eso es lo que me pone la piel chinita y hace que se me olvide lo demás. ¿Cuál es su luchador favorito, señor?

La pregunta me sacó de balance. No sé. No conozco mucho de luchas. Nunca he ido. ¿Cómo cree? No lo puedo creer. Ni sabe de lo que se ha perdido. Apreté los dientes. Ni se imagina lo que estoy a punto de perder, pensé. Mire, con una mano peluda que me recordó la de un gorila, levantó un gancho con una bolsa transparente de plástico. Esta es mi máscara, mi capa, mis mallas y mis botas. Son parecidas a las de El Místico, las diseñé pensando en hacerle un homenaje. Es de seda, ¿eh? No crea que no. Debió salirle muy caro, ¿no? Sí, caro sí fue. Pero, para llegar al ring es necesario llevar lo mejor de lo mejor. Entiende, ¿no? Pues, sí. Me imagino que se refiere a llegar con lo mejor que se pueda ¿no es así?

No. No es así. Me miró por el retrovisor con una cara de condolencia, con un sentimiento de tristeza en los ojos que le producía ver que no sabía de lo que me estaba hablando. ¡Qué lástima! Acomodó sus cosas con tanto cuidado en el asiento del copiloto, alzó los hombros y apretó los labios.

No. Estaba claro que no había entendido. En ese momento empecé a entender. Sentí que algo estalló en el centro de mi ser y una efervescencia subió desde el ombligo hasta la garganta. ¿Alguna vez has tomado una decisión impulsiva?, me preguntó una voz en el fondo de mi ser. No lo sé. No lo sé. ¿Qué más se puede perder? Las burbujitas estallaban en el centro del cerebro, como si una reiteración alterara la realidad. ¿De qué sirve arrancarle razones al sinsentido?

Me quedó claro, el futuro estaba echado. Ni lo dudé. No me di el privilegio del tiempo para reflexionar. Supe determinar cuál era la mejor ruta crítica de solución. Las demás alternativas se habían evaporado. No tenía caso seguir por el mismo rumbo. De todos modos, me iba a quedar sin trabajo.

Oiga, ¿me lleva con usted? Me gustaría verlo debutar. ¿Quiere ser mi madrina, güera? Sí. Nada me gustaría más. Así entré por primera vez al santuario de transformación que fue para mí la Arena México. Hay viajes que no incluyen un camino correcto y otros que no tienen destino alguno. Mejor. Así, se hace lo que se quiere y no lo que se puede.



Carolina Gómez Cea

Don Carlos

El Príncipe de la leyenda negra

Fernando Montoya

En el siglo XVI diversos clérigos, intelectuales y cortesanos españoles elaboraron una idea que tendría enorme repercusión: que España había sido objeto de oscuros momentos contextuales reprimidos por la historia oficial. Estos hechos se originan a raíz del despotismo de Felipe II, los procedimientos de la Inquisición o los crímenes de la conquista de América. A grandes rasgos, nace la “Leyenda Negra” española.

Entre los múltiples sucesos que engendra la “Leyenda Negra” se encuentra el misterio que rodea la muerte del primogénito de Felipe II: don Carlos. El príncipe don Carlos, hijo de Felipe II y de su primera esposa, María de Portugal, es uno de esos personajes del entorno de aquel monarca que han dado camino a la especulación y la controversia históricas. Por lo que se refiere a don Carlos de Austria, son las circunstancias de su muerte (24 de junio de 1568) nunca plenamente dilucidadas, las que han envuelto tenebrosamente la figura del malogrado heredero de la corona española.

La historia oficial siempre sostuvo que la muerte de don Carlos se debió de una repentina enfermedad propiciada por sus desajustes mentales y el largo encierro padecido en un torreón del Alcázar de Madrid. Sin embargo, ¿murió el príncipe de muerte natural, aunque inducida por sus propias destemplanzas, o ejecutado bajo el rigor judicial de una secreta sentencia por órdenes de su padre? Lo cierto es que acabó sus días confinado en severa e incomunicada prisión sin que nadie pudiera dar fe de cómo le sobrevino la muerte.

Inicialmente, no son muchas las monografías a Carlos de Austria, pese a la repercusión que siempre ha tenido su aciago destino. La mayoría de las intervenciones se han originado, como es lógico, al enfrentarse con la biografía de su padre (1527-1598) y su duradero reinado, que abarca, casi completa, la segunda mitad del siglo XVI.

La alusión primitiva al drama, con nítidas connotaciones hacia el desprestigio de su progenitor, brota en 1581 cuando Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, nacido en un pequeño condado alemán y que alcanzó notoriedad en la Corte de Carlos V a raíz de heredar ricas propiedades, edita su “Apología” en Leyden, acusando a Felipe II de matar a su hijo e instigar el fallecimiento de Isabel de Valois. Más tarde, el célebre Antonio Pérez, huido a Francia para evitar represalias, publica en su país vecino, con el pseudónimo de Rafael Peregrino, sus experiencias en sendas tiradas de 1592 y 1598 llamadas “Las Relaciones”. El refugiado culpa veladamente a Diego de Chaves y al rey del fatal desenlace del príncipe.

Incluso, podríamos afirmar que ni la creación literaria ni la música, sea teatro u ópera, abarcadas al consumarse la centuria dieciochesca por Schiller (*Don Carlos, Infante de España*, 1787) y Verdi (*Don Carlo*, 1867, basado en el drama de Schiller), ofrecen argumentos convincentes dentro de un contexto imaginativo y escasas son las dosis de sinceridad de los escritores que examinaron la tragedia, al enfrascarse con la denostada figura del soberano hispano.

El velo de la sinrazón, los oscuros sigilos de pasadizos y torreones de palacio, las encendidas pasiones de los seres humanos, el aliento de uno de los misterios más insondables de la historia y hasta el espectro de Carlos de Austria parecen tener todavía vida permanente, pese a que ya ha transcurrido un espacio temporal que abarca cerca de cuatro siglos y medio. Nada de particular tendría, por otra parte, que los profusos desvelos, reflejados en decenas de pasajes, versiones anónimas, despachos, biografías, ensayos y testimonios de casi todos los archivos de Europa, estuviesen compendiados en tan sólo cuatro incisivos versos del fraile agustino Luis de León: “Y vimos sin color su blanca cara / a su España tan cara / como la tierna rosa delicada / ... *que fue sin tiempo y sin razón cortada*”.



Eduardo Caballero

¿TE GUSTA LEER?
¡ESTO ES PARA TI!



¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!

TALLER DE LECTURA

¿Interesado?



CONTACTO@PORESCRITO.COM



Quién es *Sor Juana*


Inés de la Cruz

Ven a leer. Deja de escuchar tanto
de ella y descubre su obra.

Curso presencial

Cinco martes a partir
del 8 de agosto
19:00 hrs.

contacto@porescrito.org

 55 7378 8336



La Soledad en el Paisaje 1, Arturo Rosaliano Chagoyán.



La Soledad en el Paisaje 2, Arturo Rosaliano Chagoyán.



Sólo quedan recuerdos I, Andrea Castañeda.



Escalera, Fandango Salazar



Ruinas de fábrica conservera em Setúbal, Portugal,
 Carlos Henrique Batista da Costa.



Trovador, Luis Felipe Ramírez Alvarado

No fue una violación

Ana Sofía Fischl

No me violaste. No fue tu culpa. Eras joven e inmaduro y un niño estúpido, apresurando cosas que no debían apresurarse. Quince años y ya sabía qué papel tenía que jugar. Lo aprendí de ti. Asimilé que a los chicos les gusta que los seduzcan. Los chicos quieren tocar y romper las reglas porque eso es emocionante y nuevo. Aparentemente, a los chicos les gustan las niñas que no usan nada más que su piel estirada sobre huesos que resplandecen a la luz de la luna. Me percaté de que a los chicos les gusta deslizarse entre las cobijas de las niñas, mientras éstas duermen la siesta y luego vanaglorian sobre cómo dormir junto a ellas, significa realmente acostarse con ellas. Deduje que los chicos disfrutaban haciendo que las niñas pequeñas se sientan inseguras y las llevan al límite esperando y confiando en que las niñas pequeñas lo acepten todo. Estamos obligadas a arrodillarnos ante los chicos cabeza hueca y tolerar todo y simplemente no llorar porque aquí vienen de nuevo, es sólo un juego, ¿no es así?

Pero. Tú. No. Me. Violaste.

No me violaste. Sólo repasabas las siluetas de las chicas en los videos que comías con la mirada por las madrugadas, mientras intentaste besarte conmigo, cuando mi cabeza negaba con un rotundo “no”. Qué rabietas hacías porque no respondía a tu lujuria. Qué mal intento de amante era por no estar lista para tomar tu impulso animal y aplaudir el que me usaran cuando no quería servirte de marioneta. Perdóname, pero no estaba destinada a ser una de las cartas para tus trucos baratos.

No me violaste. Solo tocaste mi cuerpo cuando no quería que lo hicieras. Me pintaste color mojigata cuando te pedí que pararas. Me llamaste nombre sobre nombre en tanto vertías tus burlas pseudointeligentes en mi garganta. Yo, bebiendo una palabra tras otra. ¿Sabes?, esos términos florecieron dentro de mí, echaron raíces que se trenzaron en las dendritas de mis neuronas y dieron a luz flores que me envenenaron la vista, y espinas que me arañaron la garganta. Escupí sangre durante días, pero no derramé ni una sola lágrima.

No me violaste. Sólo metiste tus dedos sucios, donde no correspondían en la mesa del comedor junto a tu mejor amigo y mi indignidad. Y cuando me puse de pie porque no quería reciberte, me seguiste a la habitación de al lado para darme un discurso sobre cómo esas cosas son normales. Sobre cómo soy yo la que sacaba las cosas de proporción y debía simplemente sentarme, subordinarme, y aún mejor si omitía el habla.

Y después de todo, tal vez tenías razón. El papel que interpreté en tu obra no era el de un personaje principal. Echaste un corazón anhelante, con una inocencia de corta duración que estaba demasiado asustada para pronunciar las líneas. Porque cuando busqué ternura, me mostraste tu silencio, cuando me

mostré sumisa, me diste una ovación de pie. Buscaba las luces a la derecha del escenario izquierdo, cantando la letra que me asignaste con voz temblorosa, atenazada por el miedo de no ser capaz de ser amada jamás. La melodía sigue sonando, pero ya no armonizo. Buscaste una mejor opción para tu diversión, no cortándome por completo; me pregunto, ¿ella entretuvo tu placer?, ¿le mostraste tu devoción carnal como lo hiciste conmigo?, ¿sin preguntarle y sin consentir? ¿O caminó por esa plancha voluntariamente?

Dime, cuando cogiste mi cara y dijiste que era mi responsabilidad como tu novia disfrutar de tu sabor en mi boca, eso no fue una violación. ¿Lo fue? No. Esa fue una lección. Pero no aprendí lo que quieren los hombres. No de ti, de todos modos. Eso lo deduje yo misma. Porque tú, incluso diez años después, todavía no eres un hombre, ni una disculpa mal escrita de uno. Me tomó años entender lo que hiciste y todavía me pregunto a ratos “por qué me duele tanto”. No fue una violación, entonces ¿por qué estoy llorando? No fue una violación, explícame ¿por qué estoy tan enojada? No fue violación. No fue todo eso.

No me violaste, sólo abusaste de mí.

Pero al menos no fue una violación, ¿cierto?



Paloma Niembro

El niño de tierra y semillas

Ana Camila Ortiz

Ya me había cansado de tener una rutina tan aburrida desde hace unos meses. Mis padres siempre me decían que estaba en la mejor etapa de mi vida y que darían todo por regresar a vivir en esos años, pero ellos lo dicen porque están siempre metidos en la zapatería y apenas tienen tiempo para estar en casa. Al estar tan solitaria a mí me parece una etapa insípida, no encuentro tanto sentido a lo que hago. Mis días eran repetitivos, estaban basados en despertarme, hacer el desayuno, ir al colegio, aparentar que un par de personas me agradaban, regresar a casa, tener tardes largas haciendo mis deberes y dormir para luego repetir la misma rutina.

En especial este día me había parecido más simple que el resto. Recordaba que antes me motivaba arreglarme para conocer gente y aprender cosas nuevas, pero ya estaban perdidas esas motivaciones después de que tantas personas me habían hecho a un lado y había fallado tantos intentos en actividades que me proponía.

La casa se sentía silenciosa y estaba recostada en un sillón de la terraza. Mi gato me acompañaba dormido en un banquillo y su ronroneo me relajaba. Estaba algo entretenida con un tejido de bufanda. Desde que mi abuela María ya no estaba me gustaba más hacer las cosas que hacíamos juntas. Suelo recordar que mis tardes con ella no eran aburridas. Cocinábamos algo o simplemente conversábamos por horas. Después de un rato se me cerraban los ojos y no realmente por sueño, solo se me habían esfumado las ganas de continuar con el tejido. Estaba matando el tiempo para que llegara la hora de dormir y comenzara un nuevo día con la esperanza de ganar motivación. Escuché un par de piedras que estaban golpeando la ventana; el ruido y el impacto era tan fuerte que creía que el cristal se rompería en cualquier momento. Me



Eduardo Caballero

asomé por el barandal y ahí estaba mi hermano menor, ya había llegado del colegio. Últimamente estaba descubriendo unas maneras muy peculiares de avisar que ya estaba en casa. No sabía qué estaba intentando hacer esta vez pero inmediatamente le grité para que dejara de aventar piedras, después me regañarían a mí por no llamarle la atención.

No habían pasado ni cinco minutos cuando me percaté de unas risas provenientes del pasillo. Abrí la puerta de mi habitación y era Carlos. Traía una sonrisa pícara y en sus manos una cubeta de tierra, una pala y unas semillas. Sabía que tramaba algo cuando dejó las semillas y la pala en el piso, pero me agarró desprevenida cuando tomó un puño de tierra y se abalanzó contra mí para hacerme cosquillas, me hizo caer en la cama y me embarró su mano en la cara. Al inicio me había molestado porque estaba ensuciando mis sábanas, pero hace mucho no me divertía como una niña y era la oportunidad perfecta para pasarla bien, así que me levanté fingiendo enojo y noté el miedo de mi hermano en sus ojos, pero tomé un puño de tierra y en carcajadas se lo aventé en el cabello. Se había puesto muy contento de que hubiera seguido el juego y dentro de poco ya habíamos comenzado una batalla de tierra, no parábamos de reír, ya no nos importaba si el cuarto parecía un enorme charco de lodo, sólo queríamos que nuestro rival fuera el más lodoso para tener la victoria de la pelea. Estaba por tomar un puño más pero al llegar a la cubeta vi que ya estaba vacía y tuvimos que resignarnos a dar fin a nuestro combate sin ganador alguno.

Después de quitarnos los zapatos para no dejar manchas de las pisadas en la loseta, bajamos las escaleras con la cubeta, las semillas y la pala para dirigirnos al huerto del jardín a limpiarnos y plantar unas caléndulas que Carlos había traído del colegio. En el transcurso me confesó que su propósito principal era visitar mi cuarto para pedirme ayuda con las plantas, pero después de que lo había regañado por aventar piedras había decidido iniciar una guerra de tierra en venganza.

Nos limpiamos la cara y los brazos con el chorro del grifo y nos pusimos las botas de jardinería. Ya no queríamos ensuciarnos más y mucho menos nuestras calcetas. Era común que Carlos pasara mucho tiempo cuidando plantas, lo hacía muy feliz. Incluso se había vuelto amigo del jardinero de su colegio y ahora le regalaba semillas para el huerto que tenemos en casa. Admiraba mucho que siendo tan pequeño tuviera la suficiente responsabilidad para regarlas todos los días y ponerles fertilizantes naturales. Sabía perfectamente cuál saco era para cada maceta. Tendría que mejorar su memoria bastante más ya que ahora tendría unas diez caléndulas nuevas. Por mi parte, yo me limitaba mucho de ir al huerto. No era tan fanática de estar en un lugar lleno de insectos, sobre todo porque a Carlos se le hacía muy divertido hacerme bromas y esta vez había tomado un saltamontes para ponerlo en mi brazo y hacerme soltar un grito, pero reconozco que los ratos con él me eran muy amenos. Escucharlo

tararear canciones mientras colocaba las semillas en el hueco me llenaba el corazón por verlo tan feliz. Me transmitía muchos sentimientos positivos que se tornaban agrídulces cuando me tocaba la responsabilidad de estar ahuyentando al gato para que no escarbara; era mi tarea menos favorita porque no era justo que sólo mi hermano estuviera divirtiéndose, era tedioso ser guardiana de un felino que curiosamente ignoraba los cultivos el resto de los días y sólo en los momentos en los que plantábamos quería acercarse a fisgonear.

Ya que habían quedado listas las caléndulas, dimos un recorrido por las siembras y cortamos unas zarzamoras al ver que ya estaban en su mejor punto. El pequeño estaba ansioso por comerlas, pero tuve que detenerlo para lavar los frutos ya que se había enfermado en otras ocasiones por ingerir bacterias. En eso aún no podíamos controlarlo, le costaba tener paciencia para usar sus cultivos y se olvidaba de desinfectarlos. Nos sentamos en unas rocas y disfrutamos de las zarzamoras mirando el atardecer. Me sorprendía la energía que tenía mi hermano, yo ya estaba agotada después de todo lo que habíamos hecho y él aún quería que fuéramos a nadar al río. Me negué diciéndole que ya era muy tarde y pronto se haría de noche; entonces, decidió curar sus pesares riéndose de nosotros porque teníamos la lengua tintada de rojo.

Estábamos tan distraídos que de pronto nos asombramos al escuchar un grito molesto desde la segunda planta de nuestra casa, nos volteamos a ver y recordamos que habíamos dejado el cuarto hecho un desastre. Subimos las escaleras lo más rápido que pudimos y ahí se encontraba la abuela María regañándonos por no haber limpiado. Mi corazón se destruyó al ver que ella estaba ahí en el pasillo. Una vez más me estaba sucediendo, mis ojos estaban comenzando a perder la visión y la imagen del pasillo se tornaba lúcida, luché con todas mis fuerzas para evitarlo, pero era consciente de que nunca iba a poder quedarme en mi realidad deseada. Como era costumbre, mis ojos se abrieron para regresar al sillón de la terraza con el gato ronroneando en el banquillo y a la soledad de estar en una casa siendo hija única con padres ausentes que siempre espera un reencuentro con su realidad deseada.



Eduardo Caballero

Conflicto escolar

Manuel Jorge Carreón

E. iba a dar una conferencia después de un par de años. Mientras nos instalábamos en el presidium, los alumnos ocuparon los asientos. Minutos antes tomaban clase con un profesor cuyas clases calificaban de “sommíferas”. Los sitios de enfrente quedaron vacíos ya que, como siempre, en los de atrás se puede mantener el anonimato.

E. me preguntó cuántos alumnos aproximadamente asistirían. “Como 25 o 30” le contesté, aunque no tenía la menor idea. Ella sonrió y me dio un beso rápido, furtivo; tan inesperado como lindo que me hizo sonrojar.

Segundos después llegó el Secretario Académico de la Escuela de Derecho y nos saludó. Le presenté a E. pero me dice que ya tenía el gusto a raíz de la conferencia que impartí el mes pasado. “¿Ya están listos?” nos preguntó. Le dijimos que sí y tomamos asiento.

Mientras prendemos la computadora para presentar unas diapositivas escuchamos que dos alumnos, una pareja más bien, discutía por un tema que al inicio no logramos identificar. A pesar de que no había iniciado la plática, ésta quedó en segundo plano ya que todos pusieron atención a la pelea.

—Neta que te pasas, Aristides. Neta.

—¿Pues qué hice, Blanca?

—¿Darle *like* a toda chica que sale en tu Instagram te parece poco?

—Ni las conozco, ¿qué te afecta?

—Pues que sales conmigo.

—Yo no veo nada malo.



Carolina Gómez Cea

- Entonces estás muy pendejo.
 —No me ofendas, yo no te estoy insultando
 —Lo que haces es una forma de ofenderme.
 —¿Ver viejas?
 —O sea, wey, salimos, respétame.
 —Estás loca...

Un sonido seco se escuchó de repente. La chica, Blanca, le soltó una bofetada que hizo que la cabeza del joven se volteara. Su rostro, rojo como la carne mal cocida, lucía lleno de ira y los ojos presagiaban un par de lágrimas. Todo se quedó en silencio pero duró muy poco.

—Eres una puta, Blanca —bufó Aristides y se abalanzó hacia ella con la clara intención de golpearla.

Por fortuna, sus compañeros lo detuvieron. Primero intentaron calmarlo con palabras, pero al no lograrlo lo tiraron al piso a modo de contención.

Blanca le dirigió una mirada de lástima y decepción. No había odio en sus ojos, tampoco miedo.

E. y yo vimos todo el espectáculo que se produjo pero no supimos si nuestra intervención era necesaria. No ostentábamos ninguna calidad ahí más que la de expertos invitados.

Por fortuna el Secretario Académico se acercó a Blanca y la acompañó a la salida del aula. En cuanto ella cruzó la puerta, cerró y reprendió a Aristides que, un poco más tranquilo, lo escuchaba sin dejar de moverse por la adrenalina del momento. Aún mantenía un ligero respeto por las normas y jerarquías sociales, por fortuna.

Un par de amigos de Aristides interrumpieron al Secretario para argumentar en su favor.

—No estoy hablando con ustedes y tampoco les pedí que intervinieran, así que cállense —recibieron como respuesta por parte del Secretario Académico.

Ambos jóvenes guardaron silencio en el acto y escucharon el regaño de su amigo. La situación era más que incómoda, por lo que E. me sugirió que nos fuéramos.

Caminamos hacia la puerta pero antes de salir la autoridad escolar nos cerró el paso.

—¿A dónde van? Ustedes tienen un compromiso con la Escuela, así que den su plática y después váyanse si quieren —nos dijo y como respuesta solté una carcajada.

—Usted no nos puede dar órdenes, ni siquiera nos quiso tramitar el estacionamiento —le dijo E.

Esto provocó que los alumnos se burlaran de él.

No lo vimos venir y no lo olvidaré en mucho tiempo. Furioso, el Secretario se acercó a Aristides y le soltó una bofetada que sonó en seco. No exagero al decir que se paralizó el tiempo para los que estábamos ahí.

El muchacho, estupefacto, miró con sorpresa a la figura de autoridad

que había transmutado en su agresor. Cuando interiorizo esto último, pienso que hizo lo que muchas personas consideran como natural: le soltó un puñetazo que lo tiró al piso, rematando con una frase deliciosa: “Para que te eduques, vejete”.

Acto seguido se liaron a golpes hasta que fueron separados por personal de seguridad...

—¿Y qué pasó después? —preguntó Hugo.

—No nos quedamos a averiguarlo —le dije.

—Ya... ¿y de qué era la conferencia?

—De resolución pacífica de conflictos.



Carolina Gómez Cea

¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!



←| |→

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

←| |→

Para más información escríbenos:



CONTACTO@PORESCRITO.COM

Av. Neurótico #896

Natalia Cobo

Siempre me ha gustado mi departamento. Hace 15 años que vivo aquí y siempre se ha sentido seguro. Esto es por muchas razones, una de ellas es que trabajo aquí así que prácticamente no salgo y tampoco tengo que ver mucho a las personas; no me agradan, tienen conversaciones que me vuelven irritante. Mi departamento es un santuario, pues todo está siempre perfectamente ordenado. Es un principio humano, un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar; es que yo no comprendo cómo existe gente que tiene las sábanas en un closet de ropa o los sartenes adentro del horno, ya ni se diga la gente que utiliza el cajón de su buró como bodega. Por lo mismo todo debe funcionar bien.

Hace dos días que repararon el interfón de mi departamento, y desde entonces por alguna extraña razón he sentido la necesidad de levantarlo. Ayer me quedé una hora sentado frente a él, esperando un milagro para que alguien me necesitara y así poder levantar el interfón. Hoy decidí que lo voy a hacer, de todas maneras es mi departamento, nadie me lo impide.

Ahora me acerco un poco temeroso y no entiendo el porqué, y cuando por fin lo levanto, nada, no escucho nada; es obvio, ni siquiera se por qué me sorprendo. Tal vez necesito dormir un poco.

Me gustan mucho las mañanas, pues ya sé que lo primero es tender mi cama, después cepillarme los dientes durante dos minutos, ni un segundo más ni uno menos, luego preparar el café, tomarme una taza en el balcón, meterme a bañar y así sigue la lista, por eso nunca me casé; si lo hubiera hecho no podría hacer mis cosas al pie de la letra, pues mi esposa inexistente interrumpiría mi rutina. Ya me lavé los dientes así que estoy preparando mi delicioso café, y sin darme cuenta ya había roto mi rutina. No entiendo qué sucedió, no... me di cuenta de que agarré el auricular del interfón, bueno ya lo tengo en la mano, no me toma ni un segundo ponerlo en mi oreja.

—¿Qué es ese ruido?... no, no quiero escuchar, seguramente hubo algún tipo de interferencia.

Estoy intentando tomarme mi taza de café, pero a penas le di un sorbo. No dejo de pensar en ese ruido, era como... no, no quiero saber nada al respecto.

Ya son las dos de la tarde, los destellos del sol dan directamente al comedor, éste es uno de mis momentos favoritos del día, o lo era hasta hoy. No estoy tranquilo, hace un momento estaba mandando un correo, y sólo por un instante sentí que estaba de nuevo dentro de mi rutina, sin embargo, lo único que estaba y aún no se ha ido de mi mente es el interfón. Se que suena extraño pero siento que no es el mismo de antes, desde que lo repararon he sentido una especie de energía negativa hacia él. Quiero dejar claro que yo no creo en esas tonterías, pero esta vez lo siento hasta en lo más profundo de mi ser.

A ver, a las tres de la tarde tengo que preparar mi comida, los correos los puedo dejar para después, de esta forma me queda una hora libre. La cual empieza ahora, lo que pienso es que si voy a estar una hora cerca del interfón, necesito estar cómodo, así que pondré una silla al lado de él.

Siento que llevo horas sentado, pero veo el reloj y solamente han pasado siete minutos. Mis ojos no se despegan del interfón. No tengo otra opción más que levantar el auricular.

—¿Qué es eso? ¡Noo, no lo hagan! —Digo temeroso pero gritando.

Tengo que colgar, qué tal que me escucharon, no se qué hacer. Seguramente conectaron mal el interfón y esto proviene de algún departamento. Tengo que levantar el auricular, aunque esto implique arriesgarme, simplemente tendré más cuidado.

Tomo el interfón de nuevo y no puedo creer lo que estoy escuchando, es algo... horrible. Me llevo la mano a la boca para que no se escuche mi respiración agitada. Mientras sigo escuchando no puedo evitarlo, quiero llorar, tengo miedo como nunca en mi vida, pero no puedo, tengo que seguir escuchando; siento cómo las lágrimas caen de mis ojos y recorren mi rostro hasta mi mano. Ya no más. Esto no me corresponde, no puedo hacer nada. No volveré a tocar el interfón. Pero es que no puedo, siento como si me hubieran pegado a la silla que coloqué al lado, no me puedo parar.

¿Cuánto tiempo ha pasado? No sé, volteo a la ventana y a lo lejos se alcanza a ver cómo el sol se está metiendo, lo que significa que a esta hora tengo que regar mis plantas, todos los jueves lo hago, pues de otro modo no podría hacerlo hasta la próxima semana. Estoy a dos segundos de despegarme de la silla, sin embargo no soy capaz.

En las últimas horas he estado levantando el interfón y cada vez que lo hago siento cómo mi cuerpo se paraliza, me invade un frío sudoroso desde los pies hasta la cabeza. Es como esa herida en la boca que te duele pero no puedes dejar de tocarla con la lengua.

Está bien... todo va a estar bien, no tengo por qué preocuparme, siempre he amado este departamento, pero desgraciadamente en tan poco tiempo se convirtió en una casa de terror, ya no se qué hacer, de verdad, llevo 10 minutos sin levantar el auricular.

—¿Cómo... es esto posible?



Paloma Niembro

Escucho algo, pero ni siquiera tengo el auricular en la mano.

—¡JAJAJAJAJAJA! —me río a carcajadas y con ingenuidad.

Ahora lo entiendo todo. Al principio me imaginé que había algún tipo de interferencia, y mientras fue pasando el tiempo, creí que estaban torturando a alguien o hacían algún tipo de ritual, pero claro, ahora lo comprendo. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—¡Lo hacen para joderme la vida, todo este tiempo se quisieron meter en mi cabeza! ¡Por eso detesto a la gente! ¡Les molesta mi rutina! ¡¿Querían meterse conmigo?! ¡Pues no lo van a lograr! ¡NO ME VAN A JODER!!!

En ese momento Roberto corre hacia el balcón y se avienta. Abandonando su hermoso departamento, su santuario, su todo, su lugar seguro, el cual le tomó 15 años de esfuerzo crearlo.

Ahora los vecinos lo rodean, algunos se ven sorprendidos, otros petrificados; algunos de los vecinos pasan al lado de él, como si no existiera, nadie lo conocía y los que sabían de su existencia lo evitaban.

La viejita que vivía arriba lo conocía bien, siempre le sonreía, pensaba que de esa forma le endulzaría la vida aunque fuera un poco. Se acercó a Roberto y dijo:

—¿Qué es eso negro que tiene en la oreja? —dice extrañada la viejita.

—Eso es sangre —le contesta uno de los vecinos.

—No, no es sangre... son arañas, ¡Dios mío! —dice la viejita exaltada, y continúa hablando—. Pobre muchacho, se lo estaban comiendo las arañas.



Paloma Niembro

Yo sólo quería a mi hijo

Luisa María Illescas Mora

Era una noche oscura, la luna estaba en pleno esplendor, los ojos de Amelia reflejaban al astro, mismos ojos que tenían más vida de lo normal; su cuerpo ya tenía la belleza que invade a las embarazadas. Amelia escuchó a su marido Jacob cerrar la puerta después de haber entrado.

Jacob Harris había contraído nupcias con Amelia hacía ya cinco años. Su matrimonio, si bien no fue arreglado, fue anticipadamente aceptado por los padres de Amelia, después de todo ellos no creían que su hija pudiera encontrar mejor hombre que Jacob, quien era el líder de la ciudadela donde vivían, un poblado en la colonia de Virginia en Nueva Inglaterra. No pasó mucho tiempo entre el comienzo del noviazgo de Amelia y Jacob y el día de su boda; sin embargo, ese amor que nació de manera fugaz, desapareció apenas unos meses después de la boda cuando ninguno de sus intentos por procrear daba resultados.

Como era costumbre en la época, las familias del poblado comenzaron a murmurar sobre la razón por la que la pareja no tenía hijos después de cinco años de matrimonio. Algunas almas que no tenían gusto por la habladuría comentaban que quizá querían disfrutar de su matrimonio sin hijos que cuidar, pero aquellos mal intencionados no tardaron en inventar mil historias sobre Jacob y Amelia:

—Me contaron que Amelia fue libertina antes del matrimonio y que por tomar té para no quedar encinta ahora no puede corresponder a su marido.

—Yo escuché que en la noche de bodas Jacob se desenamoró y que se ha conseguido una amante, por eso entre Amelia y Jacob no hay nada de nada.

—Pues yo me enteré de muy buena fuente de que Amelia es bruja y que no quiere tener hijos que le estorben en su hechicería.

A pesar de todo lo que se decía de ellos, la pareja seguía siendo idolatrada por los habitantes del poblado. Jacob era respetado por su virilidad y liderazgo, Amelia era envidiada por su belleza y posición social. Lamentablemente, si bien las habladurías no eran verdaderas, detrás de la puerta de la casa Harris se vivía un matrimonio cansado, olvidado y sin amor.

Regresando a aquella noche donde Amelia miraba a la luna, cuando Jacob entró, ella inmediatamente se acercó a atenderlo. Después de todo, por menos amor que hubiera, Amelia había sido educada para cuidar a su marido.

—¿Qué tal estuvo tu día, hombre?

—Muy mal, los malditos campesinos han tenido sembradíos fatales, hay una plaga de pulgas en el mercado y para colmo llego a mi hogar y no veo a mi esposa con un hijo mío en brazos.

Amelia tomó el mechón de cabello que cubría el moretón que tenía en su pómulo, al mismo tiempo que con su otra mano acarició su vientre y contestó.

—Si no me trataras tan mal quizás mis hijos llegarían a nacer, además, ¿por qué me reclamas si estoy encinta? ¿Qué no puedes esperar un par de meses a que nuestro hijo nazca?

—Eso si nace, porque después de tantos abortos, he perdido la esperanza de que puedas cumplir con tu función de mujer.

Jacob comenzó a cenar y Amelia se retiró a la habitación. Al cabo de unos minutos se quedó dormida, pero la despertaron los golpes de alguien llamando a la puerta de su casa. Era uno de los pobladores que traía una carta anónima a Jacob, el cual al leerla azotó la puerta y perdió el control.

—¡Maldita sea, mujer! ¿Dónde te has metido? ¡Mira nada más el lío que me ocasionaste! El estúpido sacerdote quiere hablar conmigo para conocer la razón por la que no hemos tenido hijos, al parecer el pueblo ha corrido el rumor de que no soy lo suficiente hombre para preñarte.

Jacob tomó del pelo a Amelia y comenzó a golpearla, ella no pudo tan siquiera defenderse de tremenda golpiza, únicamente tapó su vientre para evitar que los golpes llegaran ahí.

Una vez que Jacob paró, tomó una botella de alcohol y se fue al cuarto, dejando a Amelia tirada en el suelo de la cocina, llorando, no porque su marido la hubiera golpeado, sino por un intenso dolor que provenía de su vientre y el cual lamentablemente ya conocía.

—¡No! ¡Dios no, por favor! ¡No otra vez! ¡Mi hijo, no!

Amelia portaba un vestido blanco ese día, que poco a poco comenzó a mancharse de rojo a la altura de su ingle. La sangre lo confirmaba, Amelia nuevamente había perdido al bebé.

A diferencia de otros abortos, Amelia no sintió tristeza, fue invadida por una rabia que incluso le permitía ignorar el dolor ocasionado por los golpes que recibió. En ocasiones anteriores, ella recriminaba a Dios por no concederle el don de ser madre, pero en esta ocasión sabía que Dios no tenía nada que ver con lo sucedido, todo era culpa del único error que había cometido en su vida, un error que tenía nombre, Jacob.

La misma ira que había poseído a Jacob, ahora poseía a Amelia. Comenzó a sentir cómo su corazón palpitaba cada vez más rápido. Percibió



Valeria Bandala

cómo su sangre corría hasta llegar a sus extremidades. En su cabeza sólo tenía una idea: “Yo solo quería a mi hijo”.

Amelia entró al cuarto de manera sigilosa. Jacob estaba de espaldas a la puerta, sentado; lentamente se acercó a él y sin que se diera cuenta, tomó la botella de alcohol que había llevado al cuarto, la sostuvo firmemente, tomó impulso y la azotó en la cabeza de Jacob.

El cuerpo cayó de la silla completamente inconsciente, la sangre comenzaba a salir de su cabeza. Amelia se sentó por un momento en la cama a ver cómo la razón de su dolor e imposibilidad de ser madre se acababa frente a sus ojos, pero después de unos minutos, cayó en cuenta de lo que acababa de hacer.

En medio de un ataque de pánico, Amelia comenzó a imaginarse cómo la lincharían cuando las personas descubrieran que había asesinado a su marido, cómo su vida se acabaría por culpa de un hombre que simplemente no fue el marido que ella deseaba. En un intento por tranquilizarse, Amelia se dio cuenta de que ella quería seguir con su vida, quería cumplir su deseo de ser madre. Decidió que saldría librada de lo sucedido.

Comenzó a limpiar, puso una jerga bajo la cabeza de Jacob, recogió los vidrios rotos y los metió en un mueble, desapareció cualquier rastro de pelea que hubiera quedado en su casa e incluso se tomó el tiempo de acomodar el cuerpo de Jacob frente al tocador para aparentar que el pobre se resbaló y terminó descalabrándose con la esquina del mueble. Amelia se cambió a su camisón, escondió su vestido ensangrentado, curó sus heridas, así como los nudillos de su marido para que realmente pareciera una noche tranquila interrumpida por un terrible accidente.

Todo era perfecto, Amelia confiaba en la escena que había armado, pero justo cuando iba a salir de su casa para interpretar el papel de esposa desesperada que encontró a su marido accidentado, alcanzó a escuchar leves quejidos provenientes del cuarto. Jacob no estaba muerto. Amelia no perdió más tiempo, tomó los galones de gasolina que estaban fuera de la casa y comenzó a derramar el líquido por todo el lugar, tomó unos cerillos y prendió en fuego su hogar.

Los mismos ojos que reflejaban la luna, ahora reflejaban las llamas que devoraban su hogar. Esperó unos minutos para asegurarse de que su marido no hubiera reaccionado lo suficiente para salir de la casa. El que la ventana de la recámara se rompiera por la presencia del fuego en la habitación, fue la señal que Amelia necesitaba para comprobar que su marido había muerto. Corrió en dirección de la casa más cercana.

—¡Ayuda! ¡Ayuda por favor! ¡Mi marido está atrapado! ¡Va a morir!
¡Se los suplico! ¡Mi casa arde en llamas!

La casa más cercana era la del encargado de la seguridad del poblado, quien salió al escuchar los gritos de Amelia.

—¡Dios mío! ¡Vamos!

Cuando llegaron a la casa Harris, las llamas estaban consumiendo todo el lugar. Poco a poco llegaron otros habitantes con agua para apagar el incendio. Mujeres auxiliaron a Amelia, un médico la atendió y dijo que, a pesar del sangrado, todo indicaba que el bebé seguía con vida.

Una vez que se consumieron las llamas, lograron encontrar a Jacob completamente calcinado. El encargado de seguridad del poblado se acercó a Amelia.

—Hija mía, siento tanto tu pérdida, tu esposo era un hombre muy bueno... —Amelia lo interrumpió.

—No se preocupe, yo sé que él está en paz sabiendo que su hijo y yo sobrevivimos, después de todo él sólo quería a su hijo.



Valeria Bandala

1200

Josafat Ortiz

IX

Iba ascendiendo con la cabeza gacha entre las sombras de los cafetos el último tramo de la lomita. Paró oído, levantó la vista y se detuvo en seco, dejando caer sin reparo la carga a sus espaldas: dos costales atiborrados con cerezas de café recién pizcadas, húmedas aún, se cubrieron de tierra. Algunas otras rodaron poco a poco por la pendiente hasta que uno de los costales casi se vació; el otro quedó junto a un surco formando una especie de sillín. Anselmo aprovechó y sentose sobre el improvisado espacio secándose el sudor con su roído paliacate y acomodándose el sombrero sin perder nunca de vista el camino, mirando de reojo a cada ratito, buscando a lo lejos el traqueteo de las maderas que le había hecho desprenderse de su carga. Ya bien acomodado sobre el costal, escupió dos veces por el colmillo, se limpió la boca con el dorso de la mano y sacó de la bolsa de su camisa un puro. Cerró los ojos y lo olfateó lenta y profundamente; enseguida, le arrancó con violencia la cabeza con los dientes, la cual se sacó de la boca con la punta del pulgar y el índice y antes de aventarla lejos volvió a abrir los ojos para observarla un momento y murmuró: “Lo que se ha de pelar, que se vaya remojando”.

Dio candela al puro con una cerilla larga, azulosa y con el humo de la primera bocanada apareció el Ford T de los rurales que venían por él. Tres de ellos saltaron del vehículo aún en marcha. Los guiaba Felipe Avendaño; querían prever una posible huida, e hicieron el último tramo a pie con las armas desenfundadas. Anselmo continuó sentado, no se inmutó, imperturbable los saludó a la lejanía con la mano izquierda alzada como indicando dónde estaba y plácidamente continuó fumando hasta su llegada dos minutos después.

—¿Esasté Anselmo López?

—Elmesmo, ¿paqué soy bueno?

—Queda arrestado por la muerte de don Joaquín Gutiérrez.

—¡Sobres!, paqué es más que la pura verdad...

Anselmo había empezado a trabajar para don Joaquín hacía apenas tres días, hasta la noche anterior que decidió vaciarle su oxidado revólver en el pecho.

IV

Don Joaquín se hizo de sus cafetales a punta de plomo. Su fama e historia se conocían en toda la región: se jactaba de haber abandonado las filas de la División del Norte y aunque había sido uno de Los Dorados, se había unido a Huerta cuando este ascendió a general.

Durante la Decena Trágica, fue pieza clave en la estratagema que logró sitiar y capturar a Madero y Pino Suárez en Palacio Nacional. Los 17 meses que duró el mandato huertista, Joaquín Gutiérrez se mantuvo como uno de sus hombres más cercanos.

Más adelante, cuando los estadounidenses retiraron el apoyo a Huerta, presionado por el movimiento revolucionario, este renunció al poder poniéndole fin a su gobierno en julio de 1914, huyendo en tren rumbo a Veracruz para abordar un buque con destino final a Europa. Joaquín lo acompañaba como parte de su séquito, aunque su intención era distinta: él pensaba asirse de algún vapor hacia La Habana o Caracas. Sus planes cambiarían durante el camino al puerto, específicamente en Córdoba, donde Huerta le ordenó dirigirse a Xalapa a caballo, junto con cuatro hombres a su mando, para ahí recoger y escoltar un cargamento de armas y dinero que él ya tenía preparado con antelación para su retirada: esta carga era custodiada celosamente por el gobernador en turno, Eduardo Caúz, quien había sido impuesto previamente por los golpistas.



Paúl Núñez

I

El movimiento convocado por Madero contra Díaz pudo triunfar gracias al esfuerzo y unión de las diferentes corrientes revolucionarias. Madero acordó con De la Barra, presidente interino, que los revolucionarios debían detener los ataques y entregar las armas. Por su parte, el Ejército Federal continuaría velando por los intereses y la salvaguarda de la nación.

Victoriano Huerta fue el encargado de dirigir las fuerzas federales para lograr apaciguar el país. Pascual Orozco fue uno de los líderes que no

acató esta orden, así que Huerta junto a la División del Norte se enfrentaron a él y derrotaron a las tropas orozquistas, retomando el control de Chihuahua y forzando a Orozco a huir hacia Texas. Durante estas acciones militares, Huerta conoció y quedó sorprendido de la valentía y la astucia de Villa, quien resultó ser un excelente estratega bélico sin ser militar de carrera. Acompañado siempre de sus segundos, Rodolfo Fierro *el Carnicero* y Joaquín Gutiérrez *la Hiena*. Estos llamaron la atención de Huerta por su audacia y su predisposición natural a acometer acciones crueles dentro y fuera del campo de batalla.

Al conocer más de cerca a Villa, Huerta, receloso de su brillantez y de saberlo incorruptible para sus planes futuros, decidió procesarlo por insubordinación y ordenó su fusilamiento, so pretexto de unos caballos robados previamente. Madero, por medio de su hermano Raúl, lo salvaría del paredón. Como alternativa Villa fue enviado a la prisión de Tlatelolco, de donde se fugaría a finales de 1912, exiliándose en El Paso.

Cuando Villa retornó a México y se unió a Carranza para derrocar a Huerta, Rodolfo Fierro se presentó expedito a sus órdenes, mientras que Joaquín Gutiérrez ya gozaba de la entera confianza de Victoriano Huerta.

V

Joaquín nunca alcanzaría a Huerta en el puerto. Ya con el cargamento en su poder, decidió tomar posesión de él y quedarse a las faldas de Perote donde tendría su guarida por un año, esperando a que Huerta lo diera por muerto y se olvidara de él, así como del dinero y las armas. Pasado este lapso, decidió establecerse en una finca cerca de Coatepec junto a sus hombres.

Por sanguinario, su nombre rápidamente fue cobrando relevancia en la región, y se hizo poco a poco de una escolta de pistoleros —palabra nueva para la época—, y comenzó a despojar e invadir las tierras que más le gustaban y acomodaban, con el consentimiento de Caúz. Posteriormente, con el de Cándido Aguilar y de los demás gobernadores que los sucedieron. Sólo le tomó unos años estar por encima de la autoridad municipal. Él era el amo y señor del lugar. Manejaba el Ayuntamiento a su antojo, y a los presidentes municipales los ponía y quitaba a su agrado:

“No, licenciadito, a mí así no me sirve, se me va a tener que ir a la chingada, pero ya”.

Así era como decretaba la baja del presidente en turno que no le convenía a sus intereses y durante unos días mudaba sus oficinas al Palacio Municipal, en espera de que mandaran, desde Xalapa, a alguien de su entero gusto.

La vejez realmente lo asesegó y por fin llegó el día en que se cansó de mandar a matar gente. A partir de esa noche, no hubo más colgados en la salida

a Las Trancas, aunque a la población le tomó mucho descubrir que a Coatepec había arribado cierta paz, después de casi dos décadas de atrocidades.

VII

Al entrar a su despacho tuvo la certeza de que de ahí no salía vivo. Comprendió que no tenía que avanzar más, pero había algo en la mirada de Anselmo que le resultaba familiar y lo atraía como un imán. Nunca supo cómo sucedió. No existieron los quince pasos necesarios desde la puerta hasta el escritorio. Cuando se percató, estaba frente a frente con su homicida. Su suerte ya estaba echada.

—¿Qué shingaos quieres tú aquí, cabrón? —fue la primero que le dijo.

—Buena noshi... nada, nada, aquí namás patrón —contestó Anselmo, sin alterarse y con marcado acento norteño mientras continuaba muy sentado y muy tranquilo en la gran silla de piel, olfateando un puro y husmeando entre los cajones.

—¿Qué no eres tú el nuevo peón que en apenas acaba de llegar?

—Así es patrón, ese mero, Anselmo López, paservirle asté.

—Güeno posnó puedes estar aquí; así que ya estás ahuecando el ala jijo de la shingada, y que no se vuelva a repetir.

Anselmo cerró el cajón con parsimonia, dejó el puro junto a los demás en una cajita de madera y tomó otro que guardó con mucho tiento en la bolsa de su camisa. Joaquín observó la escena colérico.

—¿Tas borracho?, ¿o qué shingaos traís?

—Safety matches —leía Anselmo en buen inglés mientras se agenciaba en la bolsa del pantalón unas cerillas gringas sin escuchar los reclamos de Joaquín. Hasta que lo miró a los ojos.

—¿Qué me ve cabrón? ¡órale!, ya le dije, ¡ahuecando!, ¡y deje eso ahí!

—Nooo patrón, no, no no no ¿a poco me cree muy dialtiro?, con su licencia este purito me lo llevo de recuerdo y esto también, que alueguito se va a ocupar —decía mientras se acercaba y agitaba despaciosamente junto a su oreja la caja de cerillas como queriendo contarlas con el sonido que producía el incesante golpeteo interno.

VI

Don Joaquín al sentir que tenía tierras suficientes, la mayoría desaprovechadas o medio abandonadas, inició por recomendación de su mayoral, Felipe Avendaño, que era gente de la región, la producción de café. Para esto, obligó a estudiantes agraristas de la cercana capital del estado a que lo asesoraran. Compró granos provenientes de Cuba, maquinaria de Nueva Orleans y con engaños mandó traer a peones por carreteadas de pequeños poblados de Chiapas y Oaxaca, obligando a familias enteras a trabajar sus cafetales. Avendaño, más hijo de la

chingada que su patrón, obligaba a estas cuadrillas a laborar hasta el cansancio y mantenía a base de violencia e intimidación la vigencia de las tiendas de raya para el grueso de la fuerza laboral.



Paúl Núñez

VIII

—¿Recuerdo de qué? —dijo don Joaquín mientras se acercaba cada vez con menos ahínco al robusto escritorio para tratar de tomar su lugar.

—Naaada, patrón, nada, un recuerdito namás —entretanto, Anselmo se ponía de pie sin prisa alguna, y tomaba de sobre los papeles revolvidos su gastado sombrero stetson, el cual apretujó varias veces con ambas manos para que volviera a tomar su forma. Terminado este ritual, se lo puso a la altura de los ojos en un par de ocasiones y observó con mucho detenimiento su horizontal como si apuntara por la mirilla de su mauser, hasta que por fin se lo colocó de nuevo.

—¿A qué está jugando cabrón? —don Joaquín observó hastiado cómo ahora Anselmo se fajó la gastada camisa de lona sólo por la parte trasera del pantalón y con antelación en su cabeza comenzó a escuchar el diálogo que tendría lugar:

—No se preocupe asté, don Hiena, yo ya me voy, solo venía de pasadita a traerle esto.

—¿Don Hiena?

—¡Sí, jijo de la shingada!, don Hiena.

Con sorpresa, pero sin miedo, Joaquín peló los ojos como dos grandes platos y vio como un viejo colt villista hacía su aparición: solo acertó a resoplar con desgano y pensó que ya no le daría tiempo de sentarse por última vez en su silla de piel.

—Años buscándote; sé que no pagaste ni una, pero esta si te la cobro cabrón.

Anselmo con gran destreza había quitado el seguro, apuntado al pecho

y despachado las seis balas que desde hace años tenía dedicadas a él; estas aparecieron del oxidado revólver con furia, como persiguiéndose una detrás de otra y surgió un silencio colosal que hasta la noche interrumpió. Todo se detuvo por unos segundos y en este sosiego: el aire dejó de mecer las ramas de los árboles, se frenó el golpeteo de los ventanales, los perros dejaron de ladrar, las chicharras interrumpieron su ensordecedor concierto y los olores quedaron suspendidos por un instante justo antes de desaparecer por completo. Abrió los ojos en un nuevo tiempo, uno que todavía no existía, uno recién creado que aún no tenía nombre ni caducidad, y en medio de una nube de pólvora salió tropezándose del despacho de su ex camarada villista. Sabía que no era necesario rematarlo, sabía que ese cabrón ya no se levantaba. Tres décadas después, sonrió.

La noche retomó su curso en el momento en que Anselmo apareció con su colt todavía humeante en el patio de la finca. El recital de las chicharras fue lo primero que reinició en este nuevo tiempo. Anselmo caminaba lentamente como descubriéndolo, inaugurándolo, así llegó hasta la barda por donde había entrado, la que volvió a saltar con la ayuda de las enredaderas que la tapiaban.

—Por fin cazaron a esa pinche Hiena —dijo, mientras echaba un último vistazo a la puerta del despacho.

II

Anselmo López había conocido a Joaquín Gutiérrez hace ya más de tres décadas, cuando los dos eran parte de la guardia personal de Villa. Los Dorados, cuerpo de élite de la División del Norte, que había portado en la cúspide de la lucha armada el sombrero stetson y la famosa cazadora caqui que les otorgaría su nombre, 100 integrantes de la entera confianza del General, cada uno equipado con un mauser 7 milímetros y un colt .44. Eran tan eficaces y arrojados que su sola presencia provocaba que se intensificara el pundonor de la tropa. Una orden de un dorado era acatada por el ejército sin chistar y se cumplía al pie de la letra, bajo pena de muerte. Les tomó un año apoderarse de Chihuahua, ya para 1914 tenían el control total del estado.

III

La mentada Hiena tenía costumbres diurnas, pero le gustaba moverse entre sombras y gracias a su buena puntería, cazaba sus presas a la lejanía desde salientes rocosas, apostado detrás de los matorrales; de ahí su fama. La Hiena, poseedor de una risa molesta y perturbadora, era el verdugo más despiadado de la División del Norte. Eliminaba con la misma saña y rabia a enemigos, prisioneros, o cualquier cristiano que no le cuadrara o no se le cuadrara. Uno de estos cristianos fue Jerónimo López, un villista de apenas diez años que

había caído bajo su fuego cuando por pura diversión la Hiena nos demostraba lo acertado de su puntería a un grupo de oficiales y soldados; recuerdo cómo lo señaló a la distancia, callamos y pusimos atención. Por fin se oyó el estruendo, un disparo seco cruzó el pequeño pecho y lo fulminó al instante. Todos quedamos mudos. En las paredes de la cañada aún al día de hoy resuena el eco del impacto junto con el último suspiro de Jerónimo.

—¡Ánimas!, hasta yo me espanté —dijo la Hiena con sorna seguido por su detestable risa, para romper el silencio y todos a su alrededor nos carcajamos.

El recién clausurado campo de batalla prosiguió en su estado natural con los cuerpos todavía tibios, con los heridos berreando de dolor y con los tiros de gracia que se escuchaban de tanto en tanto; segundos después, ya no recordábamos al difuntito, excepto Anselmo López, que a escasos metros de nosotros había observado cómo le habían arrebatado a su hijo a mansalva. Él sabía que en ese momento no había manera de cobrársela y no tenía permitido sucumbir en el intento.

Continuó la juerga, yo me aparté del grupo, el sotol ya había paliado el frío y ahora se encargaba de encender los ánimos de la comitiva que acompañaba a la Hiena y los convertía en una comparsa de criaturas eufóricas que celebraba ya por adelantado la inminente victoria villista, ya que al día siguiente nos aprestábamos a entrar a Juárez, y veíamos muy cercano el momento de arrebatar por completo Chihuahua a los orozquistas.

A la mañana siguiente Joaquín Gutiérrez no participaría en la toma de Juárez. Villa desde antes ya lo tenía sentenciado: “una chingadera más, y plomo”, por lo tanto la Hiena durante la madrugada desertaría de las filas villistas para unirse a Orozco en su huida hacia El Paso, con la promesa de tiempos mejores. Unos meses más adelante, también a este lo traicionaría, para ahora pelear al lado de Huerta, así que Anselmo López no saldaría la muerte de su hijo sino hasta una distante noche casi tres décadas después en una finca del lejano Coatepec.

X

Calmosamente sacó su revólver. Los rurales lo rodearon cortando cartucho.

—Tranquilos señores, esta bala me la guardé pamí —y dio una bocanada profunda cerrando los ojos.

A la par del puro, la humedad y los sonidos del cafetal veracruzano se fueron disipando y desdibujando. De repente emergió el extraño aire del desierto. Terminó de fumar en silencio y cuando abrió los ojos Coatepec había desaparecido. Anselmo se encontró montado en su caballo, sujetó con la fuerza de su mano derecha las riendas para no caer y comenzó a hacer círculos para

mantener el equilibrio. La arenga de Villa a la tropa copaba todo a su alrededor. En una pausa que hizo el General se escucharon clamorosos “¡Viva Villa!”. Anselmo efusivo disparó tres veces al aire su reluciente revólver con la mano izquierda y ya menos sorprendido, giró en dos ocasiones para cerciorarse por completo de dónde estaba y entre el fervoroso y desorganizado pelotón observó a Jerónimo que lo saludaba a lo lejos con la mano izquierda alzada, como indicándole dónde estaba. Recordó todo y palideció, no se detuvo a saludarlo, no se lo volverían a arrebatar, por puro instinto su mirada fue en busca de otras sombras: la Hiena, quien también montaba a caballo a escasos metros de él.

—Con esto ha a ser suficiente —murmuró, mientras apuntaba y con gran precisión se fue a alojar entre ceja y ceja la bala impregnada de la rabia acumulada por treinta años. De inmediato le sonrió a su hijo. Jerónimo asombrado contestó en automático con un gesto vago, fue la despedida. Anselmo no alcanzó a responder, ya era demasiado tarde, en ese momento se pegaba un tiro entre los dientes.

Estábamos en la salida a Delicias. Era Chihuahua. Era el México revolucionario.



Paúl Núñez

Una ciudad como otra al costado de la carretera

Abril Alcaraz

Los viajeros que pasan a alta velocidad por la autopista ven una pequeña ciudad del interior como cualquier otra.

A través de la barrera de contención se deja adivinar la vida de los suburbios. La agitación de los marchantes en el mercado; las largas filas de pasajeros que en la parada esperan el bus; los rezagados corriendo en pos del camión de la basura; los niños que en tropel van o vienen de la escuela cargados con mochilas tan grandes que parecen tortugas bajo sus caparazones de colores.

Al tomar la curva, el viajero alcanza a ver de reojo a este hombre en uniforme del servicio público cortando el pasto con la desbrozadora, en ese triángulo de jardín que separa la carretera del trébol del bulevar, o a aquel otro que, a unos metros, se agacha a levantar una basura para meterla en el gran costal de rafia que ha dejado a un lado. Gracias a ellos la ciudad está siempre limpia. Y más allá, en un desvío, unos policías dirigen el tránsito ficticio enfundados en brillantes impermeables amarillos.

Si el viajero se detuviera solo un momento (pero eso no pasa nunca), se daría cuenta de que cada uno de estos gestos es eterno, congelado en el tiempo. Que no corren aunque parezcan correr esas mujeres apresuradas halando a sus niños de la mano ni sudan esos señores que van de vuelta a casa cargados con las bolsas del mercado bajo el sol abrasador. Pero nadie baja la velocidad y la ilusión de que se trata de una ciudad cualquiera se mantiene.

No hay accesos a la ciudad desde la autopista y a nadie le importa. Es una ciudad cualquiera, de paso, sin importancia, a la que ningún acontecimiento histórico ha cubierto de gloria ni hay en ella nada que invite a desviarse del



Carolina Gómez Cea

destino marcado en el GPS para descubrir encantos ocultos en sus rincones. No invita a soñar con una vida más tranquila y nadie de renombre nacerá jamás en una de sus casas. No es más que una ciudad, ni fea ni bonita, en la que la gente estudia, trabaja, fornicar, sale a beber los viernes por la noche. Nada que ver, ningún atractivo que visitar, nada que a nadie le importe un carajo. Uno imagina sin esfuerzo que sus habitantes llevan una vida agradable, aunque seguro también se la pasan mal de vez en cuando. Como todos. Ni su felicidad ni su sufrimiento pueden ser tan grandes como para ponerse a pensar en ello.

Al caer la noche, la penumbra va ocultando poco a poco a los habitantes de fibra de vidrio. Entre las sombras se intuye a algún trabajador exhausto que vuelve a casa después de las horas extras que el patrón regateará y demorará en pagar, seguro. A la luz de los faros parpadeantes, aparece y desaparece la universitaria que de día se apura para no llegar tarde a clase y que, de noche, se apresura después de haberse entretenido hasta tarde con los colegas, tal vez el novio, la novia, tal vez la biblioteca, porque es una estudiante dedicada, una buena amiga, una amante afectuosa y una hija modelo. En una esquina, un grupo de muchachos parece estar armando jaleo o celebrando el resultado del último partido de fútbol.

Ya con las primeras luces de la mañana, los viajeros madrugadores —y los que ya con los ojos cansados de haber viajado toda la noche tratan de mantenerse alertas atendiendo a los pequeños detalles—, pueden ver a los vecinos de impertérrita sonrisa que a las puertas de las casas y en las esquinas se dan animadamente los buenos días, a las muchachas de esbelta figura que agitan la mano en perpetua despedida.

A pesar de ser una ciudad pequeña, no para nunca. Durante las vacaciones, el paso incesante de los carros permite ver a cualquier hora del día y de la noche una actividad intensa, febril casi, tal vez demasiado para una ciudad de provincia.

¡Pobre gente!, piensa el que pasa durante la tormenta. Pobre gente, tener que esperar el camión bajo esta lluvia torrencial.

En el gran bulevar que pasa bajo la autopista, el tránsito de las seis de la tarde se convierte en el de las ocho de la mañana y luego en el de las dos, la hora del almuerzo de incansables trabajadores a los que se cree ver correr de aquí para allá para cumplir con su apretada agenda.

La ciudad fue abandonada hace mucho. La gente se fue yendo poco a poco, casi sin darse cuenta. Los que prometían regresar no regresaban nunca, hasta que un buen día no quedaba nadie. Cuando se percataron, las autoridades conjeturaron con sorprendente lucidez que el abandono masivo de una ciudad —aunque pequeña y de provincia— no podía ser una buena propaganda para la administración en turno. Después de mucho pensarlo, decidieron que era mejor no causar revuelo ni propiciar quién sabe qué clase de especulaciones malintencionadas de la oposición y optaron por no tocar públicamente el tema. Pero la ciudad seguía ahí y no era posible desviar la carretera, acción que hubiera requerido una partida presupuestal extraordinaria que además de

levantar sospechas razonables, hubiera disminuido los pingües beneficios que obtenían de rascar el fondo de las arcas del Estado con obras de utilidad dudosa. Y así, se discutía *sotto voce* por los pasillos del gran edificio del gobierno central qué hacer con tan extraño caso, hasta que a unos lumbreras del gobierno se les ocurrió una solución que resolvía de una vez por todas el problema y atajaba cualquier clase de objeciones: cerrar los accesos de la carretera y poblar la ciudad con maniqués; después de todo, de lo que se trataba era sólo de evitar que pareciera abandonada. Y contra toda lógica, el plan, de hecho, funcionó incluso mejor de lo esperado.

De tiempo en tiempo hay cambios en el paisaje que no se pueden ocultar fácilmente: el viento tira un árbol, la lluvia abre un socavón en la avenida, un caserón en ruinas se viene abajo. Y el viajero que hace mucho no pasaba por allí se siente obligado a comentar en voz alta para que todos sepan que es un viajero experimentado: “Esto está ya muy cambiado. La última vez que vine por aquí...”. En cambio, el viajero frecuente percibe siempre el mismo bullicio, la misma efervescencia en el mercado, los mismos pasajeros esperando el autobús, los niños que muy disciplinadamente no se pierden un día de escuela porque no enferman nunca. Para ellos, ya acostumbrados a su día a día, se trata de una ciudad en la que nunca pasa nada. A final de cuentas, tampoco se equivocan.

A 110 kilómetro por hora nadie se fija en los rostros ya deformados de pintura desconchada, en las ropas cada día más verdosas por las algas, aterciopeladas por la proliferación de hongos, en los suaves líquenes que hacen más abundantes los cabellos de fibra sintética, en los caracoles que pueblan las cuencas vacías.

En esta ciudad ella es feliz. Después de todo, ¿qué tenía antes allá que fuera mejor que esto? Nada. Allá estaba sola, estaba triste. Aquí, en cambio, ¡ha hecho tantos nuevos amigos haciendo fila para tomar un autobús que nunca pasa!



Campos violetas

Adaliz Estrada

Desde que Jacinta volvió a casa, gustaba de salir por las mañanas al patio y sentarse en un viejo tronco que, al igual que ella, había soportado bien los días de tormenta. Mientras el sol calentaba su cuerpo enflaquecido, arrugado y casi siempre entumido por el frío de la noche, ella se trenzaba el cabello y gozaba de la frescura del campo que se había escondido entre las hierbas crecidas y olvidadas de ese pequeño sitio tapiado.

Al principio tuvo la esperanza de que alguno de sus hijos le diera cobijo en su hogar, mas al reencontrarse no hubo abrazos ni palabras cariñosas, así que la idea se desvaneció y se resignó a vivir en la vieja casa, la cual, todavía en pie, aguardaba su regreso. Sus nietos se turnaban para llevarle de comer dos veces al día y aunque Jacinta buscaba acercarse a ellos mediante mimos o simple plática, el rechazo era lo primero que encontraba en sus ojos. Estaba abandonada e indefensa, aunque no fue sino hasta que sus ojos se apagaron que la soledad se volvió insoportable.

La temporada de lluvia había comenzado y eso significaba que sólo por las mañanas se libraban de los terribles aguaceros, lo que le daba el pretexto ideal para no intentar levantarse y salir. Además, a nadie le sorprendía su encierro. Sus nietos se limitaban a poner los platos sobre una mesa que estaba a la entrada y marcharse sin siquiera saludar; su hija la ayudaba a bañarse el fin de semana y lavaba la ropa sucia que le quitaba. Las conversaciones parecían grabadas: saludos, preguntas obligatorias y despedidas desabridas.

Una de tantas noches en que la lluvia golpeaba las láminas con fuerza, escuchó crujir la puerta de tablas. No preguntó quién era porque, a decir verdad, poco le importaba. Se acercaron a su cama y sin decir nada, posaron una mano en sus cabellos y comenzaron a desenmarañarlos, lento y suave, hasta que el sueño la abrazó.

Cuando despertó, al siguiente día, sintió que algo había cambiado. El corazón parecía inflado de esperanza, la melancolía por el pasado no era la roca que cargaba a diario en la espalda, abrir los ojos y seguir en sombras ya no le provocaba desprecio hacia la vida. Se levantó y dio pequeños pasos alrededor de su cama para acostumbrarse a los obstáculos que había. Dudaba sobre salir al patio o quedarse un día más encerrada. Pero el abrir la puerta y percibir el olor a hierbas le dio el valor para intentarlo. Tardó quizás el doble de tiempo en llegar a su tronco, pero una vez que pudo reconocerlo sólo tocándolo, sintió una felicidad de triunfo que la hizo volver a sonreír. De nuevo estaba allí, dejando que el sol le rozara el rostro, al mismo tiempo que peinaba su cabello. El tiempo no tenía importancia. Pasaron varias horas antes de que las primeras gotas tocaran su piel, alertaran sus sentidos y de nuevo sintiera miedo. Por un momento se paralizó: ¿hacia dónde ir?, ¿y si no puedo regresar?, se

cuestionaba. Comenzó a caminar, aunque no por el mismo lado que llegó. Los nervios bloquearon su sentido de ubicación.

Cuanto más tiempo pasaba, el agua ablandaba la tierra, formando charcos que hacían trastabillar a Jacinta. Su cuerpo iba quedándose sin fuerzas; estiraba los brazos cada vez más temblorosos, abría y cerraba las manos con la esperanza de asir algo que la ayudara a encontrar su choza. Trataba de recordar la distancia que había entre el tronco y su casa, y no entendía por qué sentía que había andado mucho y no llegaba, parecía un camino sin fin. Su piel estaba erizada, tenía los pies rígidos y difícilmente podrían seguir. Jacinta se desmoronó. Cayó de rodillas en algún lugar del patio; gritó liberando su frustración. Las gotas eran cada vez más gruesas, siempre una tras otra sin dar tiempo a Jacinta para limpiarse el rostro. La lluvia la golpeaba y era inevitable no sentirse castigada. Sus hijos no le habían reprochado nada, pero en el fondo conocía su culpa y era en ese momento cuando recordaba la casa vacía y los niños huérfanos.



David Guerrero

La lluvia había traído de vuelta el pasado y no era sino él, quien la atormentaba. Comenzó a escuchar murmullos, luego pisadas fuertes que se dirigían hacia donde ella estaba. Aguzó más el oído. Ya no llovía.

Se levantó cuidadosamente y talló sus ojos. No había oscuridad ni sentía miedo. Sus ojos miraban a lo lejos los campos violetas. Las flores se balanceaban al ritmo del viento, seduciendo a los pájaros que sobrevolaban el lugar. Se secó el rostro con la punta del delantal y caminó hasta la silla que la esperaba todos los días con su bordado. Le dolían las rodillas, sus manos estaban lodosas y los cabellos aún escurrían en su frente. Le parecía inevitable dejar de

ver a aquellos pájaros negros que llegaban en pequeños grupos, esperando a que se descuidara para destrozarse sus hermosas flores violetas. “Ah, pero qué tal funcionaron mis latas atadas alrededor de los sembradíos, esos desgraciados no pudieron hacer de las suyas”. Jacinta reía a carcajadas mientras veía las latas moverse con el viento.

—Viejita chula, ¿qué haces? Mira cómo llueve y no te mueves. Ven, te vas a enfermar.

—Tú de nuevo, si ya decía yo que nadie más que tú para venir a verme, a quien más podría importarle una vieja como yo. Ven, mira antes de que lo destruyan todo. ¿Te acuerdas de los campos violetas?

Pero, cuando quiso tomar la mano de Genaro para guiarlo a los campos, él ya no estaba.

Escuchó un portazo y volteó rápidamente. “Te juro por ésta, que no regreso hasta que haya encontrado trabajo”. Vio a su marido irse aprisa por el sendero. Le punzaba el pie izquierdo, aunque con la lluvia era difícil darse cuenta de que éste le sangraba. Tal vez me lo torcí, pensó. “¿Dónde está su marido?”... me hice la misma pregunta todo este tiempo. Los niños lloraban y me decían que no me fuera, pero nada podía hacer. Mientras me jalaban volteé a ver mis campos violetas, poco quedaba de ellos, el fuego los devoraba muy rápido.

—Pero el fuego no acabó con ellos, mi Jacinta chula. Mira —dijo Genaro señalando con el dedo.

—Ya no te vayas, Genaro. Yo te quiero y me siento muy sola sin ti.

—Pero si nunca me fui, aunque tú no me vieras, yo estaba a tu lado, si no cómo sabría que tu celda era pequeña y mal oliente, que nadie de los nuestros te fue a visitar.

Esto último hirió en lo más profundo a Jacinta porque era cierto. Su familia la abandonó en cuanto se enteraron de la condena, ni siquiera quisieron cuidar de sus hijos. Pero qué orgullosos se habían sentido del gran negocio que supieron hacer ella y su marido. La miseria azotaba al pueblo, y qué les costaba cuidar unas plantitas. Además, era bien pagado, simplemente debían esperar a que florecieran y raspar aquel líquido espeso y café. Era cosa de nada para ella. Lo malo era que mientras no hubiera flores, no podían cobrar y los niños comen todos los días.

Estaba oscureciendo y la lluvia en lugar de amainar, caía cada vez con más prisa; los truenos se confundían con los gritos. “¡Mamá!, ¡déjenla!” Y el más chiquito berreaba con todas sus fuerzas. Mas los soldados no cedieron. Una decena de ellos ya estaba entre los campos segando las hermosas flores violetas, mientras los otros rociaban gasolina.

Don Matías acababa de llegar con la mercancía para su tienda. Bajó de la camioneta y se apresuró a descargar cuando de repente miró hacia la casa de Jacinta y vio un bulto vencido junto a la valla. Cogió las rejas de fruta y verduras y las metió en su casa. Vacilaba respecto a contarle a su esposa sobre lo que había visto y no se arrepintió de hablarlo, puesto que, al saberlo su señora salió corriendo a cerciorarse.

Allí estaba la pobre vieja, con las manos aferradas a la valla. Entre los dos la levantaron y como pudieron la llevaron hasta su casa. No pudieron obtener ni una palabra de Jacinta. Luego de cambiarla, la acomodaron en su cama y salieron. Pasaba más de media noche cuando Jacinta escuchó la voz que tanto quería escuchar:

—¿Ya duermes?

—¿Eres tú, Genaro? ¿No dijiste que te quedarías conmigo? —dijo en reproche Jacinta.

—Claro, viejita chula, me voy a acostar contigo, a ver si así te calientas un poco. La lluvia no cesa y tu casita está helada.

Los brazos de Genaro se sintieron tan reales que Jacinta no pudo más que decir: Si ya decía yo que no habías muerto.



David Guerrero



9 de cada 10 personas
prefieren comer en

PANCHA PATA

¿quieres ser el décimo?

Amores 949, esquina con Ángel Urraza

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (f)
Andrea Fischer
Fernando Corona
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Elsa Márquez de Sampedro

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Imagen de portada
Sólo quedan recuerdos 2
Andrea Castañeda

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy
Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:
Brandon Hurrle García
Fabianne Gutiérrez
Sofía Aranka

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 5575 0476



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cuarenta y cuatro. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Junio - Julio de 2023.



También estamos en:



55 7378 8336



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM

www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

La filosofía es una lucha contra el embrujamiento de nuestra inteligencia mediante el uso del lenguaje.

Ludwig Wittgenstein,
Investigaciones filosóficas



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir